

Mujeres del Alto Naya:

Construyendo memoria de vida en el conflicto





Mujeres de Alto Naya construyendo memoria de vida en el conflicto / Universidad Santo Tomás y Centro Nacional de Memoria Histórica – Bogotá: Universidad Santo Tomás, 2016. 85 páginas, gráficas, fotografías, mapas.

Incluye referencias bibliográficas

ISBN 978-958-631-957-7

1. Mujeres y guerra -- Colombia 2. Desplazamiento forzado 3. Víctimas de guerra 4. Indígenas de Colombia 5. Alto Naya (Cauca, Colombia) I. Universidad Santo Tomás (Colombia) II. Centro Nacional de Memoria Histórica III. Investigadoras Alto Naya.

CDD 303.66

Co-BoUST

© **Investigadoras Alto Naya:** Marleny Baicué Chocué, Rubiela Penagos López, Yeimi Campo, Vanesa Yírama Popó, Deida Campo Fernández, María Esneda Montoya, Luz Marina Canaz, María Soraida Escobar Serna, Mariela Quiguanás, Rosalba Velasco.

Investigadoras(es) Universidad Santo Tomás y Centro Nacional de Memoria Histórica: Angélica Medina - Centro Nacional de Memoria Histórica; Doris Yaneth Herrera M. - Maestría Planeación para el Desarrollo, Universidad Santo Tomás; Luisa Natalia Caruso - Maestría en Planeación para el Desarrollo, Universidad Santo Tomás; María Sirex Consuegra Díaz-Granados - Centro Nacional de Memoria Histórica; Carlos Bravo - Facultad de Sociología, Universidad Santo Tomás.

© Universidad Santo Tomás

Centro Nacional de Memoria Histórica - Universidad Santo Tomás

Centro de Proyección Social - Universidad Santo Tomás – Facultad de Sociología - Maestría en Planeación para el Desarrollo

Bogotá, D. C., 2016

Director de la Unidad de Proyección Social

Mg. Juan José Gómez

Ediciones USTA

Carrera 9 n.º 51-11

Edificio Luis J. Torres, sótano 1

Bogotá, D. C., Colombia

Teléfonos: (+571) 5878797, ext. 2991

editorial@usantotomas.edu.co

<http://ediciones.usta.edu.co>

Directora editorial: Matilde Salazar Ospina

Coordinación de libros: Karen Grisales Velosa

Asistente editorial: Andrés Felipe Andrade

Diseño y diagramación: Claudia Marcela Arias, docente de la Facultad de Diseño Gráfico - Laura Cortés Ardila - Javier Barbosa

Ilustraciones realizadas por los estudiantes de la Facultad de Diseño Gráfico: Karen Gordillo, Andrea Ojeda, Manuel Rodríguez.

Infografía: Óscar López, Semillero Identidad y cultura visual - Facultad Diseño Gráfico

Corrección de estilo: María del Mar Agudelo

Hecho el depósito que establece la ley

ISBN: 978-958-631-957-7

Impreso en Colombia • Printed in Colombia

Impreso por: Digiprint Editores S.A.S.

Primera edición: 2016

Todos los derechos reservados.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización previa por escrito de los titulares.



Contenido

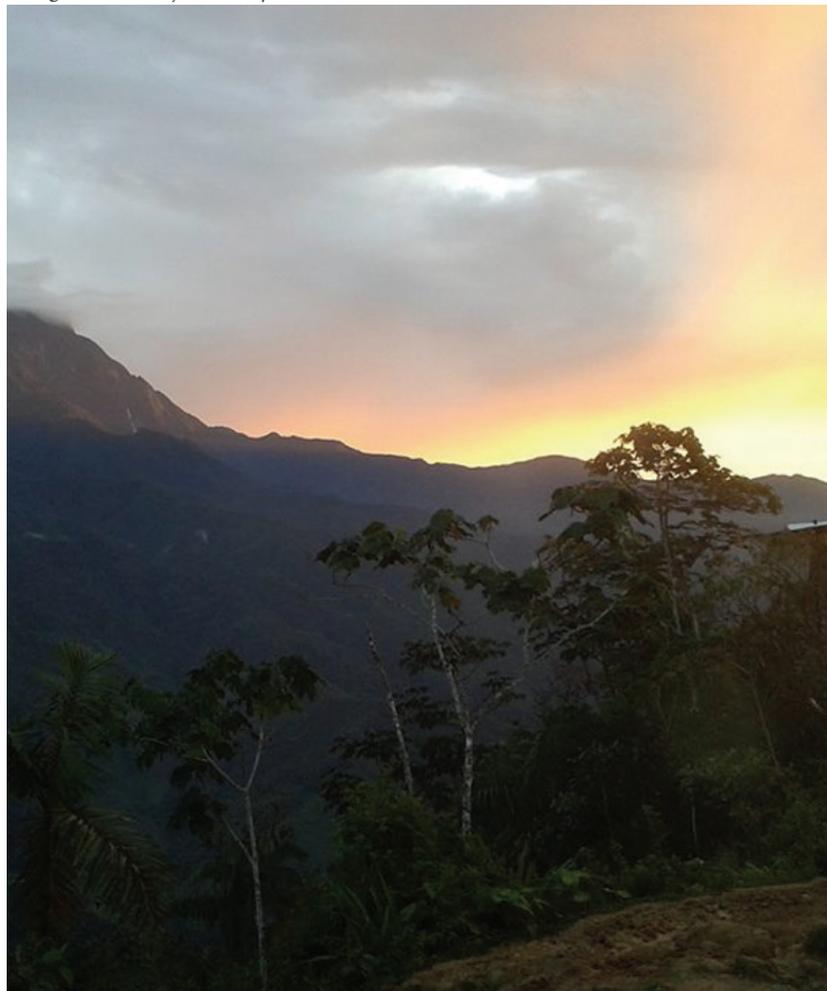
Introducción	7
Pasos que construyen memoria en el Alto Naya	13
¿Qué es el Alto Naya?	14
La historia del Naya contada por Malanga y Mula	19
El Alto Naya de antes ya no será lo que fue. La memoria recogida por Malanga	20
¡A lomo de Mula conoceremos el resto de la historia del Naya!	26
¿Quiénes somos?	
Y nuestros sueños...	35
Deida Campo Fernández	37
Luz Marina Canaz	40
María Esneda Montoya	42
María Soraida Escobar Serna	44
Marleny Chocué Baicué	48
Rubiela Penagos López	51
Vanesa Yirama Popó	54
Yeimi Milena Campo Garcés	56
Alejandra Mestizo	60
Nuestro territorio: así nos vemos y nos imaginamos en nuestro día a día	63
El Alto Naya en el tiempo	75
Nuestros retos como comunidad	75
Mapas del cuerpo: ejercicio de memoria	76
Referencias	78





Introducción

Fotografía 1. Paisaje Alto Naya



Fuente: archivo del proyecto.

Este trabajo es el resultado de una petición realizada por parte de mujeres y lideresas víctimas del conflicto armado en la región del Alto Naya, en el suroccidente de Colombia, quienes decidieron hacer efectivo su derecho a la construcción de memoria histórica, por medio de un convenio entre el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) y la Universidad Santo Tomás (USTA). Para ello, se empezó un proceso colectivo de reconstrucción de memoria, desde sus sentires y experiencias, que permitió a las interesadas reconocer y expresar sus vivencias y deseos, con la intención de dar a conocer al resto de la región y al país lo ocurrido en la masacre perpetrada por paramilitares en 2001, y en especial, los procesos posteriores de resistencia de las comunidades, de los cuales este texto hace parte.

Este se inició con la petición de las comunidades del pueblo indígena nasa del Alto Naya, a través de la vicegobernadora del cabildo, Mariela Quiguanás, y el Centro Nacional de Memoria Histórica, con la intención de realizar un ejercicio de memoria sobre su territorio y el conflicto que lo ha atravesado. A partir de esto, y por sugerencia de la comunidad, se propuso que participara la Universidad Santo





Tomás, debido a la presencia que, a través de varios profesores investigadores de la División de Ciencias Sociales, esta había tenido en la región en los últimos años, por tesis de doctorado o intereses propios de investigación.

Al ser el Alto Naya un espacio diverso en su composición étnica y cultural, el Centro Nacional de Memoria Histórica realizó dos reuniones en el territorio, con representantes de cada una de las comunidades, para definir el énfasis que le iban a dar a su trabajo de reconstrucción. En un comienzo, se definió que se haría alrededor de la memoria del territorio. Mientras tanto, el Centro Nacional de Memoria Histórica firmó un convenio con la Unidad de Proyección Social de la Universidad Santo Tomás, para comenzar un trabajo coordinado, con la participación de docentes de la Facultad de Sociología y de la Maestría de Planeación para el Desarrollo, así como de estudiantes investigadores.

En las reuniones iniciales, las comunidades designaron representantes de cada sector: indígena, afrodescendiente y campesino, con los cuales se realizaron otros dos encuentros en 2014 y 2015, en la ciudad de Bogotá. En ellos se trabajó conjuntamente con la USTA y el CNMH, para la construcción colectiva de la metodología y la ubicación de los aspectos que en la relación territorio y conflicto armado se iban a abordar.

Igualmente, se hizo un seminario de análisis de las problemáticas del Alto Naya, con la participación de los

representantes de los sectores y las comunidades, y la presentación de las experiencias de investigación anteriores, como la realizada por el equipo de Jenzerá, liderado por Efraín Jaramillo, y la del grupo de investigación de la Universidad Nacional de Colombia, liderado por la profesora Miriam Jimeno. Asimismo, se empezó un intercambio presencial y virtual alrededor de las propuestas interculturales, con representantes de distintas propuestas organizativas sectoriales a escala nacional, como: la Asociación Nacional de Reservas Campesinas (Anzorc), la Asociación de Cabildos del Norte del Cauca (Acin) y el Proceso de Comunidades Negras (PCN).

Como parte de la propuesta metodológica, los investigadores regionales se propusieron bosquejar una línea de tiempo sobre la memoria colectiva de su territorio, que les ayudara como referencia en un trabajo posterior de reconstrucción del conflicto en el Alto Naya. Al mismo tiempo, en un ejercicio de escritura, los investigadores regionales empezaron a escribir la historia del territorio como lo veían y sentían cada uno, al tiempo que fueron ubicando a las personas más significativas dentro de la zona, para escuchar y registrar sus relatos de memoria. Hasta aquí se había proyectado un ejercicio en cada una de las comunidades del Alto Naya, encabezado por los investigadores locales y el acompañamiento de los docentes y estudiantes investigadores del CNMH y la USTA,

para el registro y sistematización inicial de la información recolectada.

En junio y julio de 2015, los investigadores locales, junto con los estudiantes investigadores del CNMH y la USTA, se desplazaron al territorio para planear la logística del inicio del trabajo de campo y de los tres encuentros planeados con las comunidades para este ejercicio. Sin embargo, no fue posible su realización, en virtud de la resistencia por parte de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC-EP), que plantearon al equipo que se hiciera un nuevo proceso de consulta con las comunidades que, por la dinámica en los tiempos y recursos del proyecto, no era posible volver a realizar. En vista de lo anterior, las mujeres viudas y lideresas de la región retomaron el diálogo con el CNMH y la Universidad Santo Tomás para continuar con el ejercicio, específicamente desde la visión de las mujeres y lideresas víctimas del conflicto armado y los procesos vividos en el territorio.

A partir de este acuerdo, las mujeres solicitantes, el CNMH y la USTA comenzaron el trabajo de construcción de memoria, desde un nuevo enfoque y alcance. Se realizó un encuentro de dos días en el Resguardo de Munchique los Tigres, en el que viudas, lideresas y jóvenes del Alto Naya fueron las protagonistas de su memoria, con el apoyo de la USTA y el CNMH. Cada una rememoró sus vivencias personales alrededor del conflicto armado, y la de todos los hombres y mujeres que llegaron al Naya, a través

de un recorrido por la construcción del camino de ingreso a la región, la forma en como se pobló y los significados que empezaron a construirse alrededor del territorio. Estas historias pusieron en evidencia a los “personajes” que, en este texto, contarán parte de la memoria: Malanga y Mula. La *mula*, como el principal medio de transporte y compañía durante las largas caminatas de las familias, y la *malanga*, el tubérculo fundamental del sustento alimenticio de las comunidades en la región. Posteriormente, los participantes se encontraron con un ejercicio de cartografía social, a partir de la construcción del camino, que no solo les permitió ver retrospectivamente la historia, sino también plantear en el conversatorio los retos para el territorio. En este encuentro también se realizó un ejercicio conmemorativo de las víctimas, a través de las cartografías del cuerpo.

El ejercicio permitió que cada una de las investigadoras de la memoria reforzara su compromiso con el reconocimiento y el valor del territorio del Alto Naya, que es el que durante los últimos años ha alimentado sus sueños de seguir construyendo comunidad. Los siguientes dos meses (agosto y septiembre de 2015) fueron importantes para profundizar los ejercicios de memoria colectiva, como los significados de *cerro azul* y el *camino al Naya*, a través de entrevistas en profundidad, realizadas por las mujeres y el equipo de apoyo en campo de la USTA y del CNMH (y de los



estudiantes investigadores), a parte de los primeros pobladores, así como encuentros con otras mujeres y familiares, para recordar e identificar sus vivencias individuales, familiares y comunitarias.

En suma, este documento sintetiza un esfuerzo colectivo, del coraje y el amor de mujeres y lideresas del Alto Naya, la Universidad Santo Tomás y el CNMH, esfuerzo que intenta dar cuenta de una parte de las memorias, vivencias, visiones y sentimientos de las personas y comunidades campesinas, indígenas y afrodescendientes que habitan el Alto Naya. Este texto pretende ser un aporte, especialmente para que niños y jóvenes conozcan la historia de la región por la que caminan, y con ello, fortalezcan sus sentimientos de pertenencia, identidad y cariño por su territorio.

Al mismo tiempo, este libro es una oportunidad para que parte del territorio del Alto Naya —estigmatizado y olvidado durante mucho tiempo por el Estado—, sea conocido por el resto de colombianos, y para que los sueños de los nayeros se concreten de alguna forma. Se hace un homenaje a todos los hombres y mujeres que murieron en abril de 2011, y a los que posteriormente han sido víctimas del conflicto armado en la región, con lo cual se espera que este libro sea un aporte para la justicia, la memoria, la paz y la reparación integral a sus habitantes.

Fotografía 2. Encuentro de mujeres en Santander de Quilichao - 2015



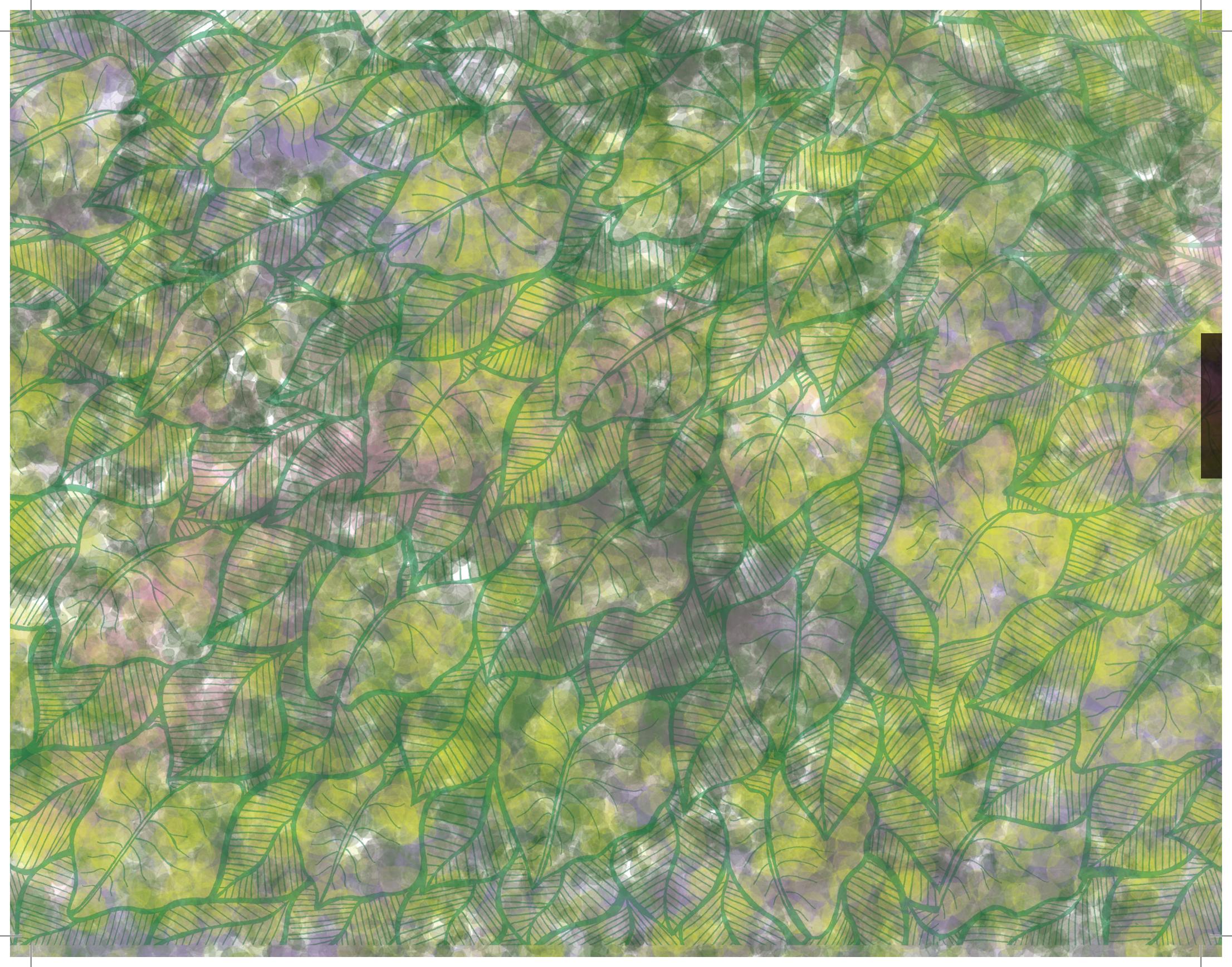
Fuente: archivo del proyecto.

Este trabajo, *Mujeres del Alto Naya: construyendo memoria de vida del conflicto en el territorio*, tiene la siguiente estructura: la primera parte: “Pasos que construyen memoria en el Alto Naya” aborda la caracterización del territorio y “La historia del Naya contada por Malanga y Mula”, que, a través de estos dos personajes, narra cómo se pobló el Alto Naya. La segunda “¿Quiénes somos?: y nuestros sueños”, tiene que ver con las vidas de las mujeres que decidieron contar su historia, sus amores, pérdidas y resistencias a lo largo de sus recorridos por

el territorio. La tercera parte: “Nuestro territorio, así nos vemos y nos imaginamos en nuestro día a día” rememora algunas de las actividades y saberes del Alto Naya. La cuarta parte: “El Alto Naya en el tiempo” plasma el resultado del ejercicio de cartografía social y línea del tiempo, elaborado por varios habitantes del Alto Naya. Finalmente concluye con la formulación de algunos de los retos que afronta la región, para fortalecer sus procesos organizativos de acuerdo con la posibilidad de alcanzar una paz integral en el territorio.

Equipo de investigación del Centro Nacional de Memoria Histórica y la Universidad Santo Tomás para el Proyecto de Reconstrucción de Memoria Histórica en el Alto Naya







Pasos que construyen
memoria en el Alto Naya

¿Qué es el Alto Naya?

El Naya es una gran región que se constituye en Alto y Bajo Naya. Este ejercicio de memoria colectiva, construido desde la perspectiva de las mujeres viudas y víctimas del conflicto armado, dará cuenta de lo que se denomina el Alto Naya.

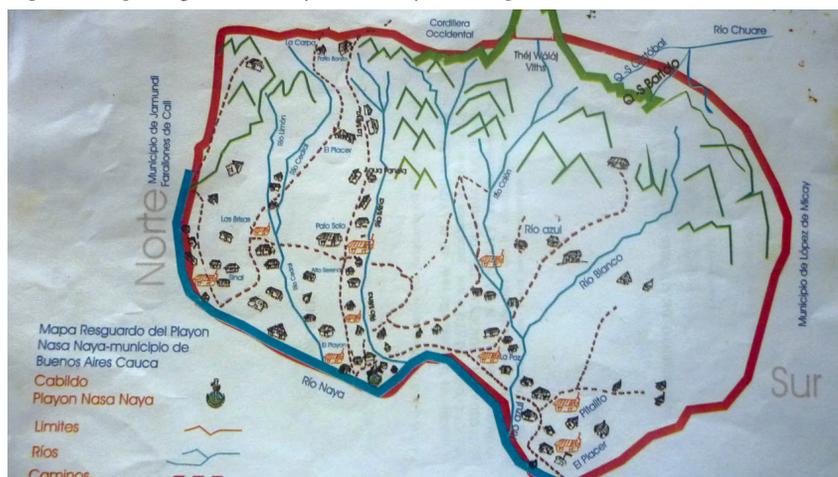
Se encuentra en un rincón de nuestra patria, geográficamente ubicado en la olla del río Naya, situado entre los departamentos del Cauca y Valle del Cauca. Unida por el serpenteante y caudaloso río del que toma su nombre, esta región se caracteriza por su tierra fértil y la calidez de sus pobladores, entre los que se encuentran

campesinos, afros e indígenas, provenientes de diversas regiones del país, aunque la mayoría son indígenas nasas.

Podemos decir que este territorio es un santuario de diversidad humana y natural; representa la fuente de sustento de miles de personas, quienes se movilizan, principalmente, entre los municipios de Buenos Aires y Buenaventura. Sus verdes montañas reciben a personas de los lugares más cercanos, pero también de los más lejanos, quienes en la agricultura, la arriería o el comercio encuentran la forma de ganarse la vida, dadas las dificultades para

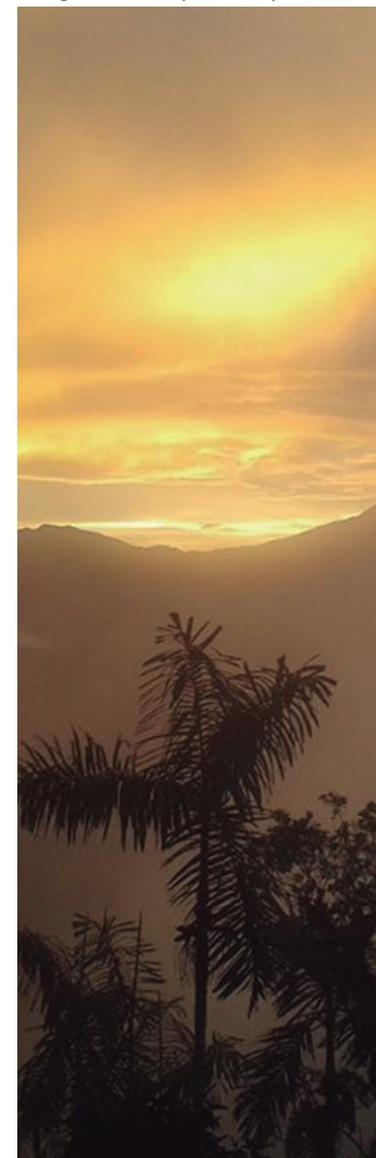
satisfacer las necesidades de la gente. Este hermoso territorio representa una gran encrucijada para sus habitantes, ya que nadie lo posee. Muchos han comprado sus fincas o terrenos de palabra o carta venta, pero dado que no existe la formalización de la tierra, ninguno tiene la propiedad titulada de esta. Y

Figura 1. Mapa Resguardo del Playón Nasa Naya. Municipio de Buenos Aires, Cauca



Fuente: elaborado por la comunidad del cabildo Playón Nasa.

Fotografía 3. Paisaje Alto Naya



Fuente: archivo del proyecto.

hoy, *ad portas* de un proceso de paz, se tiene la esperanza de lograr el reconocimiento de un derecho legítimo, como es la tierra.

El Alto Naya, más allá de sus riquezas y su estratégica localización —cerca a la Costa Pacífica—, representa para el país aquello que no se puede olvidar ni repetir. Los nayeros

[...] hemos sido víctimas del conflicto armado y hemos vivido masacres, desplazamiento y asesinatos selectivos; somos el

testimonio de una nación que exige cambios y reconstrucción de una sociedad donde nunca más se vuelvan a vivir actos como los ocurridos a inicios de la década del 2000. (Encuentro de mujeres, Santander de Quilichao, 2015)

En ese sentido, y en el marco de una salida negociada al conflicto armado, nuestro sueño es lograr la formalización de la tierra, proceso que implica la reconstrucción de la memoria como un catalizador que permita sanar y recuperar la

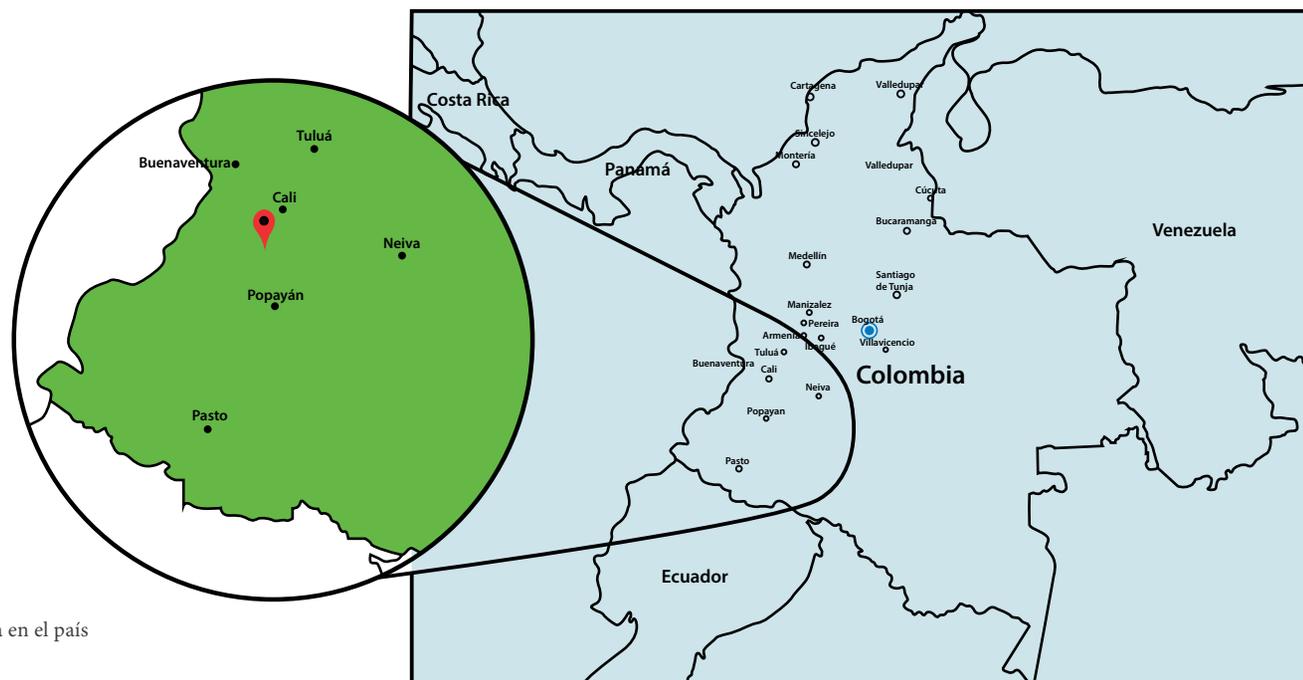


Figura 2. Ubicación del Naya en el país
Fuente: archivo del proyecto.



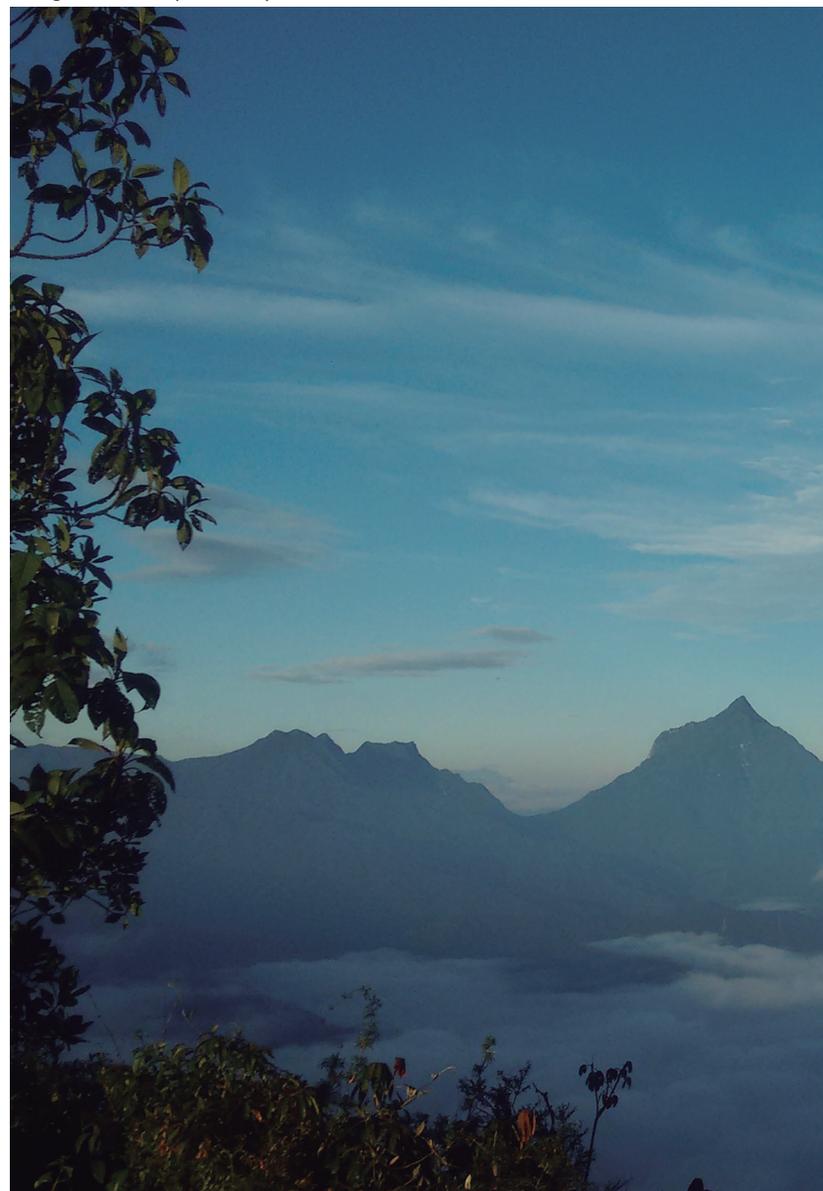
confianza y la esperanza en el país. Asimismo, que se acabe con el estigma, por parte de los colombianos, hacia el Alto Naya, pues es un territorio donde no solo hay coca, sino vida.

Lo imponente del paisaje es tal vez lo que ha permitido que sigamos resistiendo y pensando en la tranquilidad y la belleza que representa este territorio. Desde nuestra propuesta pacífica, nosotras, las viudas, nos encontramos para hablar, compartir tristezas y alegrías, pero también para proponer un futuro distinto para nuestros hijos.

La región del Naya se encuentra localizada en el sur occidente de Colombia, justo en la línea divisoria de los departamentos del Cauca y Valle del Cauca, entre los municipios de Buenaventura y Buenos Aires. Se caracteriza por ser una zona montañosa y de difícil acceso, con una extensión de más de trescientas mil hectáreas (Reyes, 2015). Actualmente, para ingresar al territorio existen dos posibilidades: la primera, por el sur oriente, saliendo de Santander de Quilichao y atravesando la cordillera Occidental, en mula, durante aproximadamente ocho horas; la segunda, por el occidente, desde Puerto Merizalde, en la Costa Pacífica, donde se toma una lancha río arriba y luego se toma camino por tierra.

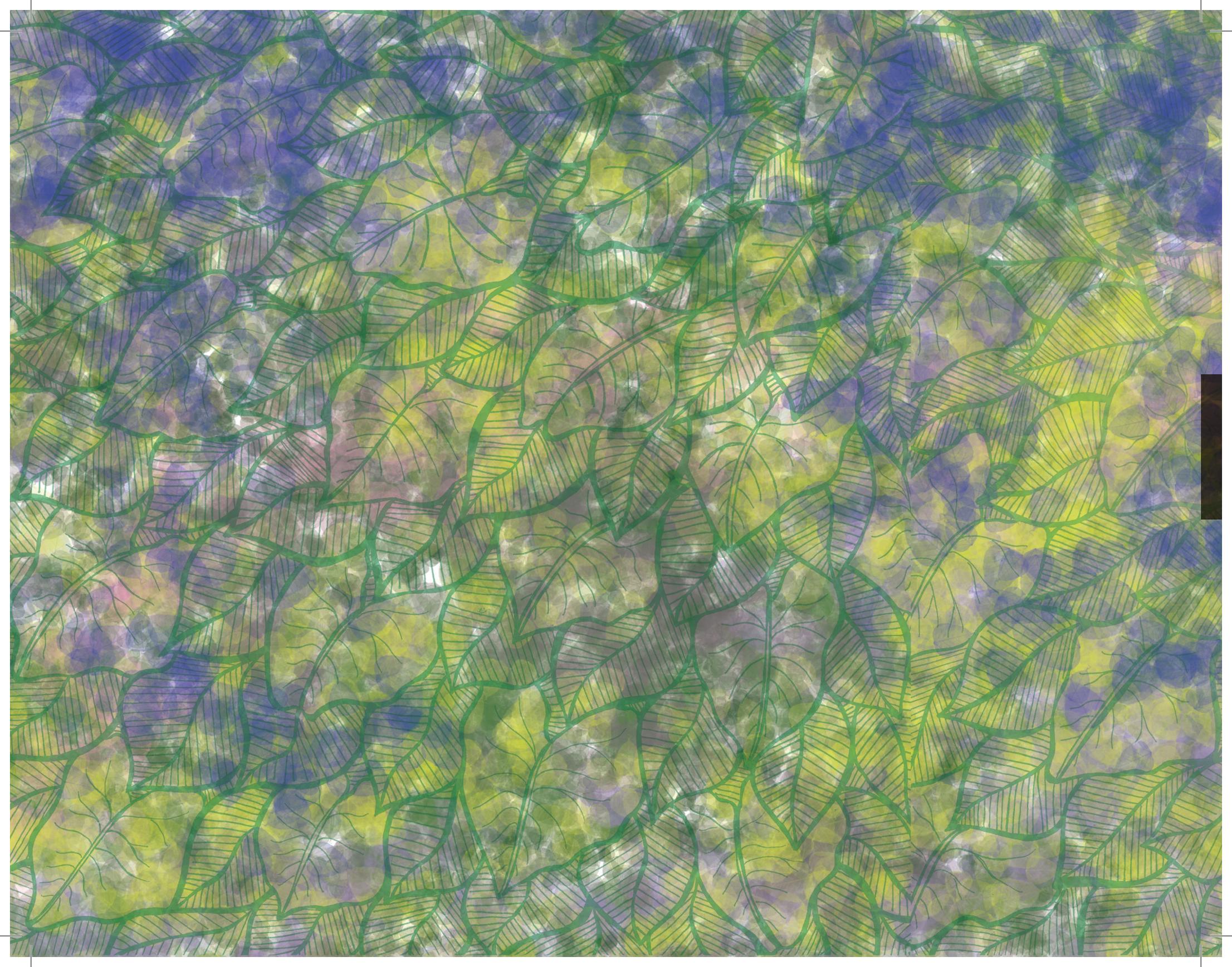


Fotografía 4. Paisaje Alto Naya



Fuente: archivo del proyecto.







La historia del Naya
contada por Malanga y Mula

¡Hola, amigos!

Esta es la historia de Malanga y Mula, dos grandes protagonistas y habitantes del Naya. Ellos nos comparten su viaje histórico al Naya, el poblamiento, la historia y algo de su actualidad. Los invito a descubrir un pasado que se hace presente en cada amanecer.

El Alto Naya de antes ya no será lo que fue. La memoria recogida por Malanga

¡Hola, niños y niñas! Ustedes me conocen como Malanga, un alimento propio del Naya; a algunos les gusta y a otros les soy indiferente; nos encontramos a la hora en que la familia se alimenta, algunas veces en el almuerzo y otras en la cena.

Soy más que un aburrido tubérculo, que comparan con la papa y la yuca; quiero presentarme como testigo y prueba de una sorprendente aventura que emprendieron los primeros hombres y mujeres que entraron en las montañas de la región denominada Alto Naya.



Para empezar, quiero aclarar que el Alto Naya ya no es como cuando me trajeron; ahora hay caminos, mulas y, lo más importante, nayeros y nayeras, que han sido los encargados de sembrarme y cultivarme durante más de medio siglo, y aunque ahora casi no me cultivan, los mayores han sido los encargados de conservar la costumbre.

Pero bueno, entrando en materia, ustedes se preguntarán: ¿cómo llegaron al Naya estos hombres y mujeres? ¿A quién se le ocurrió ir para el Naya y por qué? Espero que lo que narre a continuación pueda aclarar todas estas preguntas, y lo más importante, que surjan otras cuántas que puedan discutir con sus padres y profesores.

Como en el resto de Colombia, en el Cauca y en el Valle del Cauca, la tierra nunca ha sido bien repartida; los patrones o terratenientes tenían muchos terrenos y “alquilaban” un pedazo dentro de sus haciendas —que se llamaba *encierro*— para que los indígenas y campesinos sin tierra vivieran y sembraran; a cambio, estos trabajaban gratis para los dueños unos días o daban una cuota de lo sembrado. Eso se llamaba “pagar terraje” y a esas personas se les llamaba “terrazgueros”.

Al problema de la tierra se le sumaba la violencia, que para la década de los cincuenta era generada por el enfrentamiento entre liberales y conservadores. Los hombres y mujeres nayeras más ancianos se acuerdan del miedo que

producían los Pájaros, que era un grupo del partido conservador que persiguió a mucha gente. Así fue como miles de personas empezaron a huir del lugar donde vivían y habían nacido, para escapar de la violencia y buscar mejores condiciones de subsistencia. Por esas situaciones de trabajo y amenazas de muerte fue que muchos colombianos, en especial caucanos, decidieron desplazarse a otras tierras, que entre más escondidas, eran más favorables.

Fotografía 5. Habitantes del Alto Naya



Fuente: archivo del proyecto.

Por otra parte, si la situación de los colombianos mestizos era difícil, la de los indígenas era más ardua, por pertenecer a un pueblo que desde la conquista española ha sido esclavizado, maltratado e invisibilizado por los que han dominado y tenido el poder, y han desconocido sus prácticas y costumbres. Durante años, a los pueblos indígenas les prohibieron hablar sus lenguas y fueron desterrados y marginados poco a poco de sus tierras, situación que aún en la actualidad no ha sido resuelta.

Estas problemáticas influyeron en las motivaciones de muchas personas para ponerse en la búsqueda de tierras que no tuvieran dueño y pudieran ser trabajadas. Entre esas personas se encuentra don Apolinar Guasaquillo, que me cargó en su espalda hasta estas tierras y recuerda cómo se abrieron los caminos al Alto Naya:

“Éramos siete nosotros, el finado Francisco Bisconda, don Rafael Bisconda, Rafael Valencia, mi persona... este Juan José, Luciano y... ¿cómo es que se llamaba este viejito?, ¡se me olvidó el nombre de este viejito! En todo caso fuimos siete...” (A. Guasaquillo, comunicación personal, 2015)

En la década de los cincuenta, siete personas me trajeron al Naya; entre la selva espesa, animales peligrosos y oscuras noches, aquellas emprendieron un viaje que cambió su vida y la de muchos otros, incluso de los que vendrían después (por ejemplo, las vidas de ustedes, que si están leyendo este texto es porque tienen alguna relación con el Naya; por lo tanto, no solo es mi historia, sino la de ustedes). ¿Les inquieta saber cómo fue su travesía? ¿Cómo abrieron trocha y atravesaron ríos? ¿De dónde salieron y a dónde llegaron? Agárrense de la silla, que ahí va la historia.

Fotografía 6. Paisaje Alto Naya



Fuente: archivo del proyecto

Estos hombres partieron del Valle del Cauca. En Villa Colombia y en sus cercanías trabajaban por temporadas como jornaleros, en fincas y en aserraderos, hasta que se apareció el finado Francisco Bisconda (Pacho), un hombre aventurero, con la idea de buscar tierras donde trabajar. La opción fue empezar a adentrarse en el monte, y comenzaron por un lugar conocido como el Palmar. En el primer viaje llegaron hasta un punto conocido como la Junta, y en el primer asentamiento, con hacha y machete, tumbaron selva y abrieron un pequeño camino. Mejoraron el terreno para sembrar y demoraron un año, comenta quien me traía en la espalda:

El primer tumbé que hicimos fue en la Junta; ahí se nos acabó la comida y tuvimos que devolvemos de ahí, otra vez a hacer la remesita y poder volver a la Junta. Allí hubo comidita ya, y el finado y yo llevamos comidita y lo de la remesita y de ahí ya brincamos Sabaleta, el río Sabaleta. Ahí ya comenzó el finado Pacho a buscar trocha, hasta que bajó por ahí... ya como al año y medio, otra vez salimos a Pico de Loro y allá estuvimos como dos años, dos años y medio. (A. Guasaquillo, comunicación personal, 2015)

Fotografía 7. Habitantes del Alto Naya



Fuente: fotografía donada por la comunidad.

La historia nos muestra que entrar al Naya no costó días ni meses, sino años. De esa forma, y en repetidas ocasiones, estos hombres tuvieron que adentrarse en la selva, durar algún tiempo, y en ocasiones años, para trabajar y salir a conseguir elementos básicos para la vida en el territorio, como la sal.

Quiero contarles un recuerdo que quizá no se pueda conocer por otro medio, sino gracias a este relato: se trata de cómo don Pacho cruzó el río Pico de Loro. Por más aventurero que fuera, y con todo su empuje y deseos de tierra, en el agua no le iba nada bien; sucedía que no sabía nadar, lo cual, en una región como el Alto Naya, bañada por grandes y caudalosos ríos, puede ser una desventaja. No obstante, esta situación se resolvió de la siguiente forma:

Fuimos bajando, ya el finado Pacho ya se cruzó el río Pico de Loro y de ahí ya él cruzó pal otro lado y de ahí ya fuimos pasando ya nos tocó ir a pasar el río... lo amarramos (a Pacho) de por aquí (cintura) y él allá parado en una piedra alta y... nosotros del otro lado colgamos en una horqueta el lazo para que él no se fuera a hundir y nosotros lo jalamos para que tuviera la cabeza alta po' allá, él no nadaba, él era prendido del lazo nomás y nosotros sí pasamos nadando, nosotros sí sabíamos nadar todos. Pasamos con la maletica ahí, la ropita en la espalda para el otro lado, y ya la remesita que llevábamos, como llevábamos lazo largo, la amarramos, y ya el otro lo jaló y bueno pasamos, eso nos costaba duro oiga, así nos fuimos yendo todos. (A. Guasaquillo, comunicación personal, 2015)

Fotografía 8. Paisaje Alto Naya



Fuente: archivo del proyecto.

Ahí me mojé yo también, pero eso no impidió que a la espalda de estos aventureros entrara para ser sembrada en estas fértiles tierras. ¡Y por fin llegué! Luego de siete años de salidas y entradas, de atravesar ríos, de subir y bajar montañas,

Ya bajamos hasta la Playa y pasamos ahí en la Playa El Santa, hicimos de acá de donde dicen el charco Cimarrónal, de ahí de La Playa pa' abajito, hay un charco ahí, una playa grande lo que es ahora de don Bernardo Suárez, por ahí hicimos el rancho, ahí encontramos un plan bueno y... ¡era un monte limpio pues, limpio! Y esa montaña limpia y uno se paraba por ahí, y de ahí se veían las pavas, los animales correr por ahí para abajo, muchos animales había ahí, habían tatabros, guguá, guatín, venados, ¡esas pavas!, gallinetas, pajuiles.

de pasar colgados en grandes peñas, estos hombres que me traían junto a mis hermanos (la yuca y el plátano) nos arrojaron a buena tierra, para crecer de manera natural. Así se fundó La Playa y otras veredas más, según cuenta quién me entró:

Nosotros dijimos “aquí no más porque aquí no más hay de que sostenernos”. Bueno ahí tumbamos una hectárea, llevamos nosotros colinitos de platanitos chiquiticos así (señala su dedo índice) colinito de mazorquita así, colinitos de yuca así, todos los siete cargados y la remesita. Alcanzamos a tumbar la hectárea y ya el finado Pacho llevaba como unas cinco libras de maíz y ahí mismo regamos todo eso, llevábamos hacha, machete y barretón. Bueno y ya hicimos el trabajo en la semana cómo éramos siete siempre tumbamos la hectárea rápido. (A. Guasaquillo, comunicación personal, 2015)

Amigos y amigas: así fue que llegué a la región del Alto Naya. Me despido con esta pequeña historia, y ojalá les haya dado una ilustración sobre el poblamiento. Los invité a seguir en el viaje con nuestra amiga incondicional, la mula, quién les contará otras cosas del territorio del Naya, donde habitamos después de más de cinco décadas.

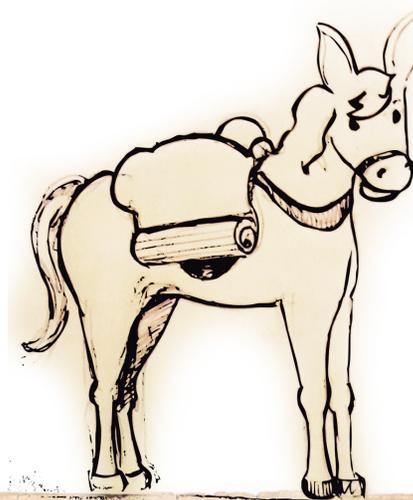


¡A lomo de Mula conoceremos el resto de la historia del Naya!

Gracias, Malanga, por compartir tu viaje hasta el Alto Naya; ahora ya sé por qué y cómo vine a dar a este lugar, para ayudar a los nayeros; aquellos que entraron a vivir aquí, a colaborar con los trabajos del campo y a agilizar el tránsito de las personas que salen y entran de este territorio.

Fui invitada para contar el resto de la historia. Si bien es cierto que los indígenas fueron los primeros en llegar al Alto Naya, no debemos olvidar que el río fue el hogar de los afros hacia el Bajo Naya. Sin embargo, con don Pacho y don Apolinar, las aventuras no cesaron al llegar a La Playa, sino que se fueron hasta los límites con el Bajo Naya, en busca de un amigo de Buenaventura, que los había invitado a pasear a lo que se llama actualmente Concepción.

Entonces, estos dos personajes emprendieron su marcha, abriendo trocha por lo que ahora se conoce como La Mina, Riecito y El refugio, hasta llegar al Saltillo. Miren lo que me contó don Apolinar:



Bajamos por ahí con una trocha, no, y allá nos encontramos una rastrojera ¡grandísima! y hallamos unos tarros grandes llenos de maíz y dijimos: “por aquí van a estar, quién sabe la gente que se hará”; y nosotros, también asustados, nosotros asustados y dijimos: “¿Bueno y esto qué?” “Bueno, en todo caso, nosotros vamos a recogerlo”, dijo (Pacho): “bueno pero, hombre, todos estos tarros de maíz por aquí ¡qué! y nadie por ahí”. Bueno y ya nosotros llegamos a la orilla del río y estuvimos ahí bañándonos, estuvimos por ahí mirando pa’ abajo, porque de ahí para abajo no había por dónde salir, del Saltillo ya no había pa’ donde era peña pa’ acá y peña pa’ allá, no hay por

dónde... nosotros pa' dónde cogemos si estamos ahí. Entonces nos quedamos, al otro día cuando el finado Pacho estaba sentado por ahí en una piedra, cuando dijo él: "oiga abajo yo vi una cosa que pasó como una sombra para el otro lado eso ¿qué será?". Entonces nosotros nos quedamos mirando y miré y miré cuando más arriba dijo: "vea más arriba pasó pa' acá otra vez al pal otro lado". Dije yo: "eso son los negros uggg". [Y] dijo: "quién sabe qué será, se imagina que nos coman esos negros por acá" (risas), nosotros asustados ahí. Bueno, pues ellos también asustados, pero siempre subieron a donde estábamos nosotros... llegaron ahí, bueno, y ya nos preguntaron qué pa dónde íbamos, entonces nosotros les

Fotografía 9. Paisaje Alto Naya



Fuente: archivo del proyecto.

Fotografía 10. Vida en el Alto Naya



Fuente: fotografía donada por la comunidad del Alto Naya.

dijimos que íbamos para Concepción nosotros siempre... antes un negro nosotros como por aquí entramos cuando íbamos pa' Buenaventura, entonces conocíamos a un negro que se llamaba Nicolás Ángulo, entonces él se hizo amigo con nosotros en Buenaventura.

"Yo tengo la familia en Concepción", dijo él, "yo tengo ganas de ir pa' allá, vayan ustedes a pasear allá y si de pronto se ven muy acosados, de pronto no hay cómo mandarle razón con alguno, corten un palo y échenlo (al río) y allá lo recibimos, allá baja, y yo sé que allá hay gente". Entonces subimos a ver. El palo era el mensajero (risas), y de verdad así fue y, bueno, ya subieron esos negros, ahí ellos llegaron y se quedaron viendo y dijeron:

“¿ustedes no tienen de qué comer?” y nosotros dijimos: “no”. Ellos asustados y nosotros también y se devolvieron por ahí mismo otra vez, entonces yo les dije “oiga, ¿ustedes conocen a un tal Nicolás Ángulo?”, [y] dijeron: “sí, díganle que nos haga el favor, que nosotros estamos aquí, que somos amigos de Buenaventura, que estuvimos conversando él”.

Nicolás era inspector de ahí de Concepción. Entonces ya bajaron el río, dijeron: “ya arriba hay gente forastera, pero son indios”. Nosotros ahí mismo llegamos y nos devolvimos, y preguntaron fue a Nicolás, que subiera, y ahí mismo Nicolás dijo: “entonces como esos son negros, dicen es ‘compadre’”. Entonces dijo: “mi compadre que está allá”, y como ellos tenían una lancha, echaron esa lancha por delante, y por ahí como a la hora y media subieron. Nicolás nos llevó una canasta de gaseosa, pan y esas masas que ellos dicen “camillas”, eso llevaron como un atado y nos llevaron unas sardinas y nos dieron de comer y ahí mismo se echó pa’ abajo el negro, muy contento, siempre él nos dio la mano ahí. Y así fue, y dimos la vuelta por Buenaventura y llegamos aquí otra vez. (A. Guasaquillo, comunicación personal, 2015)

Fotografía 11. Paisaje Alto Naya



Fuente: archivo del proyecto

Me parece muy gracioso, y de hecho así también lo cuenta don Apolinar. El encuentro de dos mundos culturales que se temían mutuamente fue unido por un río, el Río Naya. Después de ese encuentro, las relaciones entre indígenas y afros se fortalecieron y se empezó a trabajar de manera conjunta para hacer crecer las veredas Los Caminos y Los Amigos.

Pero hasta ahora la historia está incompleta, falta gente por nombrar, adivinen quiénes eran. Pues sí, los campesinos. Como les contó la Malanga, en Colombia la tierra nunca ha alcanzado para todos. La violencia ha velado para que la estructura se mantenga, sea inamovible y en muchos casos empobrezca a personas por la dinámica de los modelos económicos. Así como con los indígenas, los campesinos han sido otro grupo de población sin tierra, en algunos casos porque han sido removidos de sus tierras o porque nunca han tenido parcelas propias para trabajar. Al llegar el rumor de la fertilidad de las tierras en

el Alto Naya, muchas familias decidieron dirigirse hacia el lugar. En busca de esas tierras prometidas partieron doña Tránsito y don Marcelo. Aunque su padre ya había entrado en el Naya, este decidió partir por el relato de su progenitor:

“Vea, mijo, allá (Naya) no hay necesidad de joderse como acá, que desyerbando las matas, que siempre que espere un año para que haya comida, no, allá a los seis meses ya hay comida, se da la gallina, se da el marrano, ¡qué será lo que no se da allá!”. Y entonces le dijo a ella (Tránsito): “pues si quiere armamos viaje y nos vamos”, y ella con tres muchachos y cogió esos muchachitos y se fue caramba, a mí me dijo solo, a ella no le dio nada y dijo: “bueno, vamos”. Se llevaron a las hijas que estaban en Pereira y entonces la llevó a ella para que le ayudara a cargar y pobrecita. La mujer con esas maletas cargadas, llevaban la ropita, la comida, llevaba la maleta y al lado del niño y la otra cargando a los pequeñitos (risas), que era la riqueza de uno, los hijos. Esa era la riqueza, los niños. (Dagua, comunicación personal, 2015)



Así como lo leen, hay muchas historias de familias que decidieron llegar y quedarse en el Naya. ¿Por qué?, se preguntarán todos. La respuesta es clara y concreta: en el Naya había tierra; si el problema en el Cauca y el Valle era la tierra, en el Naya nunca lo fue; era abundante, sin dueño y fértil. Solo quienes se unieran a la aventura serían compensados con tierra; por ejemplo, cuando entraron los primeros pobladores en lo que hoy pertenece al Cauca, la tierra se dividía de la siguiente manera:



Las quebradas, las agüitas, ellos calculaban de que esta loma po' aquí baja agua, entonces hasta allá atrás cogía el otro y de ahí ya lo marcaban y bueno este de ahí para allá ya es suyo, y de allá para acá, es de ella y como uno de ellos (mayores) siempre sabía leer y escribir, entonces él iba haciendo el plano en un cuaderno y le iba nombrando y le iba haciendo el plano, le iba anotando, y en los palos también los dejaban marcados en el palo le dejan marcado con carbón y machete —aquí este lote es de ella— y así. (Dagua, comunicación personal, 2015)

En consecuencia, la posibilidad de ser propietario atrajo a muchas personas que, después de abierta la trocha, empezaron a poblar la zona de manera más intensa. Llegaron colonos de todas partes del país, con dos objetivos puntuales: 1) buscar trabajo y 2) conseguir tierra y establecerse.

Por otra parte, se tuvo que trabajar para hacer un camino más corto —el de entonces era muy largo—, con miras a comunicar la región con el departamento del Cauca, por donde se pudiera salir y entrar de manera más rápida. Y así empezó el actual camino, de herradura con empalados. Niños y niñas: ¿alguna vez han indagado por los nombres? ¿De dónde vienen? Pues a mí me picó la duda, me puse a averiguar y me contaron lo siguiente:

Fotografía 12. Paisaje Alto Naya



Fuente: archivo del proyecto.

Anteriormente, el camino no tenía nombres como ahora, por ejemplo —ya ahora fue que ya le pusieron—. Bueno acá arriba de las piedras no había campamento, no había donde posar... Y posábamos en unas piedras —que hay todavía ahí, en la subida—, las piedras eran las de nosotros quedarnos ahí, dormíamos y al día siguiente madrugábamos para adentro... y no tenía, porque digamos en ese tiempo Patio Bonito todavía no tenía nombre. Ya tuvo nombre cuando pusieron la casita ahí para vender comidita, entonces ahí le pusieron Patio Bonito. Más abajo, donde un señor que se llama Polo, allí era un

enterradero para las bestias, era una lucha, entonces ahí lo empalancaron y ahí le pusieron el nombre del Empalancado. Preguntaban: “¿dónde iba fulano?” “Ahí cerquitica, al empalancado”, ya sabía uno dónde estaba. Y ya bastante abajo, por ejemplo, las lomas esas, por ejemplo, la primera nosotros le decimos La Pálida, porque es la más dura subiendo de allá pa’ acá. Y la otra de más abajo le decimos La Fatigosa, porque ahí es donde comienza la fatiga a uno y ahí en la última que es la más larga le da la pálida a uno.

Fotografía 13. Camino al Alto Naya



Fuente: fotografía donada por la comunidad del Alto Naya.

Enseguida de la fatigosa se murió un gringo, que también se le ocurrió entrar para allá, que iba en busca de minerales, a eso iba para allá y no quiso llevar nada para alimentarse. En San Cayetano, que es una finca allí, él había comprado queso y unas arepas de maíz, le habían dicho que llevara algo más de comida, y él había dicho que no, que él llevaba pastas (drogas); que llevara abrigo, y él había dicho que no, que él eso no lo necesitaba. En su travesía lo cogió la lluvia atravesando esa cordillera y lo atrapó, y llegó a esa parte y ya no pudo caminar más y se sentó y dicen que el frío lo mató. Él murió ahí acurrucado, en esa parte donde estaba, y ahí lo enterraron, y a los tres meses pagaron para que lo sacaran de allá, pero entonces ya lo sacaron por aquí por Tierra Grata, porque ya la trochita estaba, la trochita peatonal, y ahí ya quedó ese nombre la “Loma del Mister” “¿A dónde iba fulano o fulano?”, el punto de referencia es la “Loma del Mister”, entonces ya uno sabía. (J. Mensa, comunicación personal, 2015)



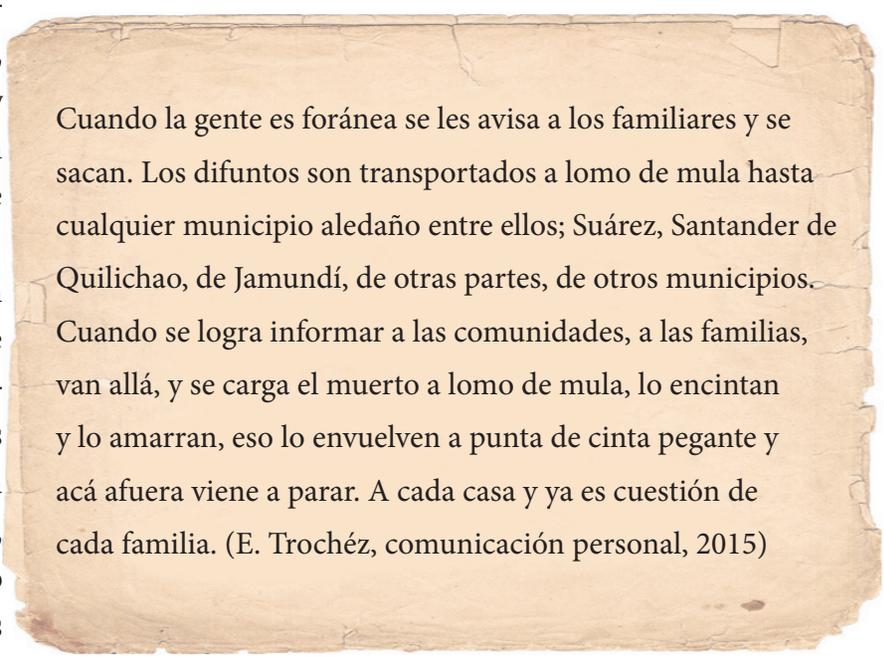
¿Que tal la historia de los nombres?! Ya con este camino, y con el trabajo realizado para ensancharlo y empalarlo, se hizo más solicitada nuestra ayuda a los nayeros, y con ello llegaron los arrieros, que, al igual que los campesinos, provenían de muchas partes del país, entre ellas Antioquia, Manizales, Nariño e incluso del mismo Cauca. Los arrieros son quienes nos guían por el camino y quienes nos alistan para las largas jornadas de trabajo; por lo general, son también los que nos alimentan: nos dan pasto picado con caña, mogolla, agua miel, maíz y, a veces, concentrado. Pero si hay algún potrero para estar, nos sueltan y nos deleitamos con hojas de batatilla o de árbol de pan, mmmm... ¡qué rico! Se me hizo agua el hocico, mejor hablemos del trabajo...

Los arrieros son por lo general empleados, es decir, no son los dueños de las mulas; muy pocos tienen propiedad sobre nosotras, la mayoría de mis compañeras son de los finqueros. Estos hombres y mujeres nos acompañan en las jornadas de trabajo. A veces nos alquilan a los vecinos que necesitan de nuestra ayuda para traer remesa, gas para la cocina, ollas, sillas o cualquier otro objeto para la casa o el trabajo; incluso para entrar materiales de construcción. A mis compañeras les tomaron unas fotos que dan cuenta de lo difícil del camino...

Les cuento: las mulas tenemos muchos otros trabajos; cuando nadie se ofrece para un trabajo particular, nosotras siempre estamos dispuestas. Una de esas tareas es sacar a



los muertos que no son del Naya o que deben ser enterrados afuera, a petición de las familias que están por fuera del territorio. Lean lo siguiente para que sepan cómo es este proceso:



Cuando la gente es foránea se les avisa a los familiares y se sacan. Los difuntos son transportados a lomo de mula hasta cualquier municipio aledaño entre ellos; Suárez, Santander de Quilichao, de Jamundí, de otras partes, de otros municipios. Cuando se logra informar a las comunidades, a las familias, van allá, y se carga el muerto a lomo de mula, lo encintan y lo amarran, eso lo envuelven a punta de cinta pegante y acá afuera viene a parar. A cada casa y ya es cuestión de cada familia. (E. Trochéz, comunicación personal, 2015)

Cuenta la historia que a un compañero macho le tocó sacar muchos muertos, en compañía de un señor con sobrenombre “funeraria”. Este hombre era la persona

indicada. Le decían “Se murió tal fulano”, y él se encargaba. Nosotras fuimos bañadas con alcohol:

Él bañaba a la mula con alcohol y después le engarzaba el muerto y pa' afuera hermano; y cuando salía, ahí cuando descargaba el muerto, ahí la volvía y la bañaba con alcohol. Nosotros le preguntábamos de por qué hacía eso y nos decía que si él no hacía eso, que la mula cogía el frío del muerto y la mula se muere, y ese era el sistema, entonces. Él era quién contaba y le tocaba luchar solo por ese camino con el muerto. (E. Trochéz, comunicación personal, 2015)

Como ven, mi trabajo no es nada fácil, merece una recompensa, y por eso tiene un pago. Una persona que requiera mis espaldas puede pagar por trayecto más de cien mil pesos, si es que quiere salir o entrar de la región del Alto Naya con nuestra ayuda. Hay una tarifa diferencial en el territorio: dependiendo del trayecto que hagamos, se cobra desde veinte mil en adelante.

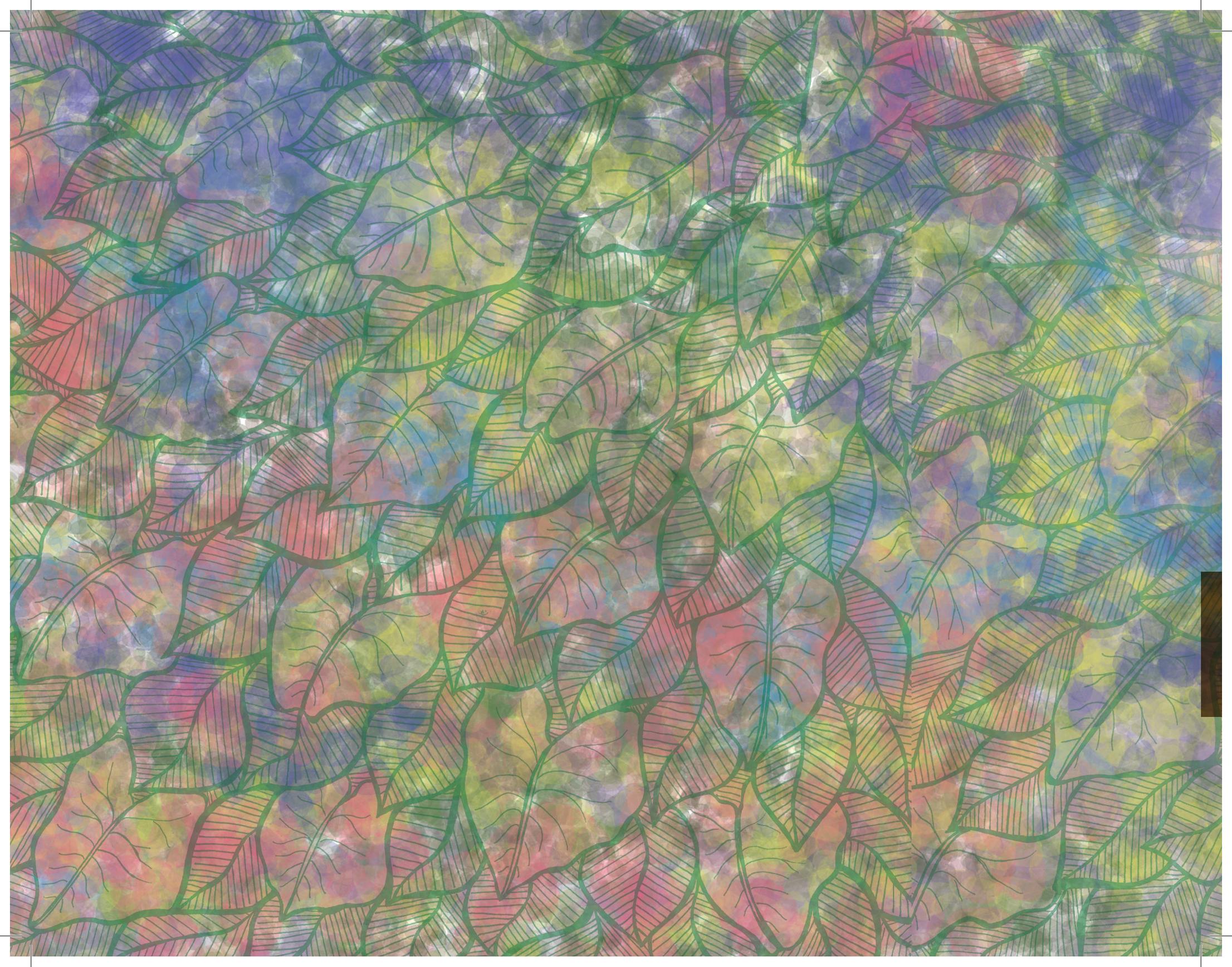
Con nuestro relato, el de Malanga y el mío, espero que tengan una idea de cómo se empezó a gestar el Naya y la vida de los primeros pobladores. Nuestra compañía ha sido vital, todos los

días estamos caminando por estas trochas, con barro, desfiladeros, peñas lisas, y lo más importante, con mis grandes amigos nayeros. Gracias a ellos llegué y he vivido en el Naya.

Son tantas las historias que he escuchado y vivido. A continuación encontrarán un relato de lo que piensan los nayeros sobre mí. Por ahora, chicos, les comparto estos escritos que me han regalado mujeres que viajan y viven conmigo. Ellas van cargadas de sueños, ilusiones y significados, y yo siempre escucho sus historias de amor, dolor y pasión... Ellas son las que comparten conmigo y me dan un lugar importante entre los nayeros.



Figura 3. Significado del Naya
Fuente: Yeimy Milena Campo - 2000.





¿Quiénes somos?
Y nuestros sueños...

Las mujeres en Colombia hemos vivido la guerra de una manera particular. Las víctimas hemos tenido que afrontar el asesinato de padres, esposos, amigas e hijos, y salir adelante, asumiendo el papel de desplazadas, víctimas de la violencia y, en algunos casos, madres viudas. En muchas ocasiones, la voz de las mujeres ha sido lo que ha permitido gestar procesos de memoria, verdad y reparación, a partir de los propios esfuerzos personales. Este ejercicio de acción de memoria partió de los intereses de nueve mujeres habitantes del territorio del Alto Naya, que decidieron dar un aporte de su vivencia y configurar procesos de reconstrucción del tejido en su territorio.

Por medio de estos relatos, nos acercamos a la vida de personas que, como la mayoría de habitantes del Alto Naya, han trabajado en la arriería, en el campo, jornaleando, sembrando, raspando coca, cuidando de sus fincas, cocinando en sus casas y para los trabajadores, o bien comercializando y teniendo sus propios negocios, como tiendas de víveres, restaurantes, entre otros. Los perfiles dan cuenta de la multiculturalidad que se vive en la región y de las distintas experiencias de vida. Estos perfiles biográficos son una forma simbólica para recordar y conmemorar los hechos de resistencia que gestan vida.

Fotografía 14. Lideresas rescatando la memoria de la vida



Fuente: archivo del proyecto.

Deida Campo Fernández

Mi nombre es Deida Campo y nací en Timba, Cauca. Me identifico como una mujer indígena nasa. Mis padres vivían en el Naya y llegaron allí por mis abuelos, Fidelina y Julio Sierra, quienes fueron fundadores del Naya. Los primeros años de mi vida la pasé muy bien, siempre con mis padres, que tenían finca en El Ceral y en el Naya. En esta última cultivaban principalmente el cacao, la yuca, la caña y la “pajarita”; además tenían sus gallinas y sus cerdos. Yo estudiaba en El Ceral e iba siempre al Naya a pasar mis vacaciones. Esas primeras veces que entré en el Naya recuerdo que siempre me llevaban cargada en una mula, amarrada con sábanas. Para esas épocas, Río Mina tenía tan solo tres casas.

Luego de que mis abuelos desaparecieron en el Naya, mi

Fotografía 15. Deida y su familia



Fuente: fotografía entregada por Deida Campo.

familia pasó por una época muy dura. Mis padres se regresaron del Naya y se perdió la finca y todos los animales que allá tenían mis abuelos. Después de esto, me mataron a mi madre y quedé yo sola con mi padre, que murió tiempo después. A mis 26

Fotografía 16. Wilson Casos Guetio y amigos



Fuente: fotografía entregada por Deida Campo.

¿Quién era Wilson Casos Guetio?

Él era mi esposo y el padre mis hijos. Él era indígena nasa. Sus padres vivían en la vereda de Aures (municipio de Buenos Aires) y eran agricultores. Cuando él murió, tenía 25 años y se dedicaba a trabajar en la agricultura. Lo conocí porque fuimos compañeros de estudio. Él llegó al Naya por medio de sus hermanos, a trabajar como arriero. En el Naya nunca nos faltó el trabajo. Nosotros vivíamos en el Naya y en Timba. Él era una persona que no tenía problemas con nadie y fue asesinado injustamente por los paramilitares en 2001.

Fotografía 17. Deida y su esposo Wilson



Fuente: fotografía entregada por Deida Campo.

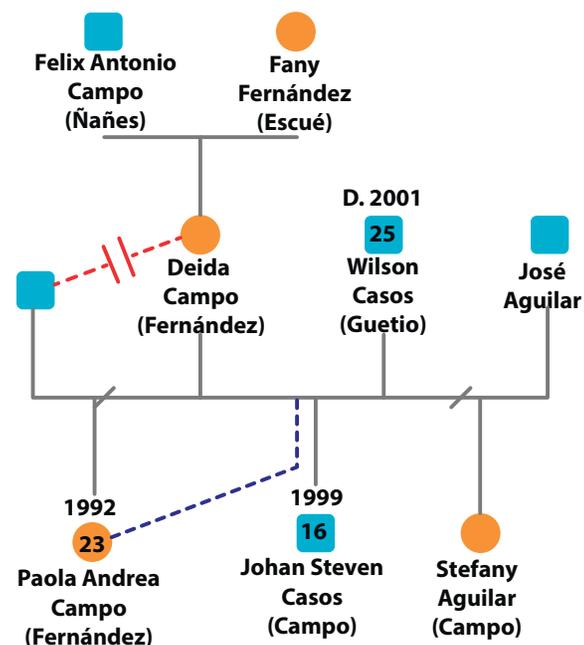


Figura 5. Genograma de la familia de Deida Campo.
Fuente: archivo del proyecto.

Luz Marina Canaz

Yo soy indígena nasa. Mis padres entraron en el Naya muy jóvenes, cuando tenían 18 años. Yo nací en el Naya, en 1979; crecí en el Naya e hice gran parte de mi proyecto de vida en el Naya. Yo viví en el Alto Naya, en la vereda Las Brisas, y allí pasé gran parte de mi vida, hasta el año 2001. Mis padres tenían un predio, una finca llamada Altos La Floresta, donde aprendí a trabajar en el campo. El fuerte económico de mi familia era el cacao y el ganado, pero además teníamos gallinas, curíes y cerdos; se cultivaba el plátano, la yuca, el maíz y la malanga.

El Naya es un territorio sagrado y ancestral, en el que uno encuentra las tulpas y las guacas, que son rastros de que por allí han pasado comunidades con rasgos propios del pensamiento indígena. Recuerdo al Naya como un territorio muy tranquilo, donde nos divertíamos jugando al balón y bañándonos en los ríos, el río Naya y la Quebrada Pico de Loro. Ahora en el Naya hay muchas cosas que se han perdido, como lo era la práctica del trueque. Actualmente ocurre un desarraigo del territorio, porque priman unos intereses individuales, como los de las multinacionales, que

Fotografía 18. Luz Marina, una sonrisa en el Naya



Fuente: fotografía aportada por Luz Marina Canaz.

quieren explotar el territorio; las gentes foráneas que entran solo en busca del signo pesos, y que ven a la región solo con fines mercantilistas.

En temas de la violencia, el Naya ha atravesado por tres etapas. La primera época fue de desplazamiento; nos decían que tocaba salir y desalojar el territorio, porque había combates entre el M19 y el Ejército Nacional; así fue como nos desplazamos por primera vez. Luego, las familias retornan al Naya sin garantías. El segundo hecho de violencia que recuerdo fue cuando el Estado hizo una fumigación con glifosato en el territorio del Naya, que conllevó la muerte de veintinueve niños y varios

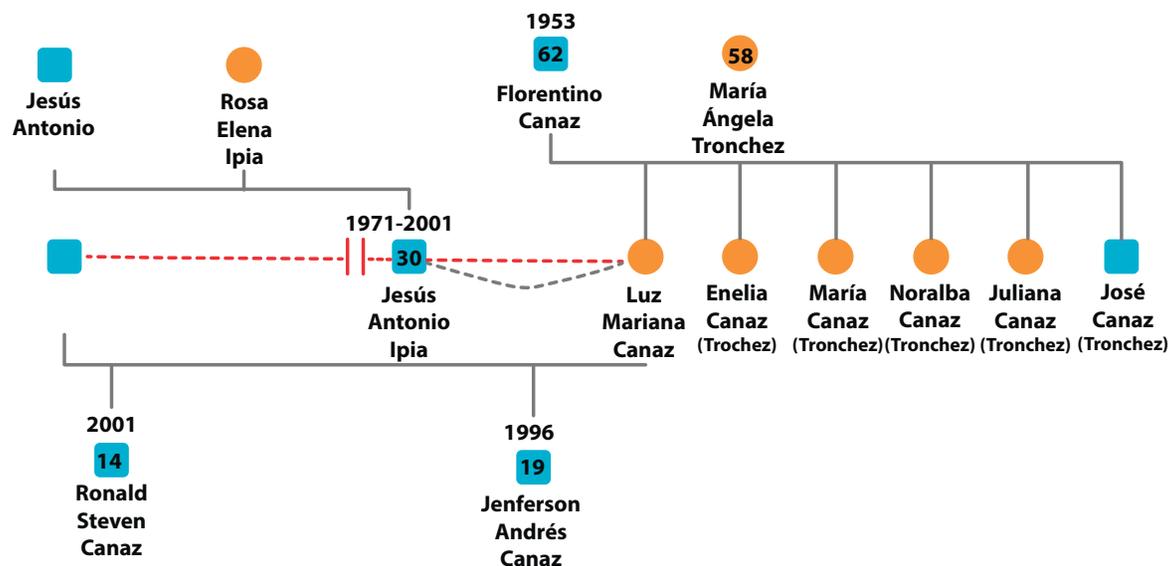


Figura 6. Genograma Familia Luz Marina Canaz
Fuente: archivo del proyecto

animales. De ahí, el Naya se fue poblando y llegaba cada vez más gente al territorio. Ya luego es cuando ocurre la masacre en 2001, y este para mí es el tercer hecho de violencia por el cual atraviesa el territorio.

En estos momentos, yo represento el plan de Cxab Cxab Wala, Corinto y López Adentro, que es un proyecto comunitario donde participan dos cabildos. Además, hago parte de la Consejería y tenemos la responsabilidad de representar los siete planes de vida que se manejan en la zona norte del Cauca, que está compuesta por veinte cabildos.

¿Quién era Jesús Antonio Ipia?

Él era el padre de mi hijo. Tenía 29 años cuando lo asesinaron el 11 de abril de 2001, en la masacre del Naya. Lo conocí en 1995, en el Naya. Él era un muchacho jornalero y nómada, porque se la pasaba trabajando. La familia de él vivía en el Naya, pero los padres venían de los lados de El Ceral y de Aures (municipio de Buenos Aires).

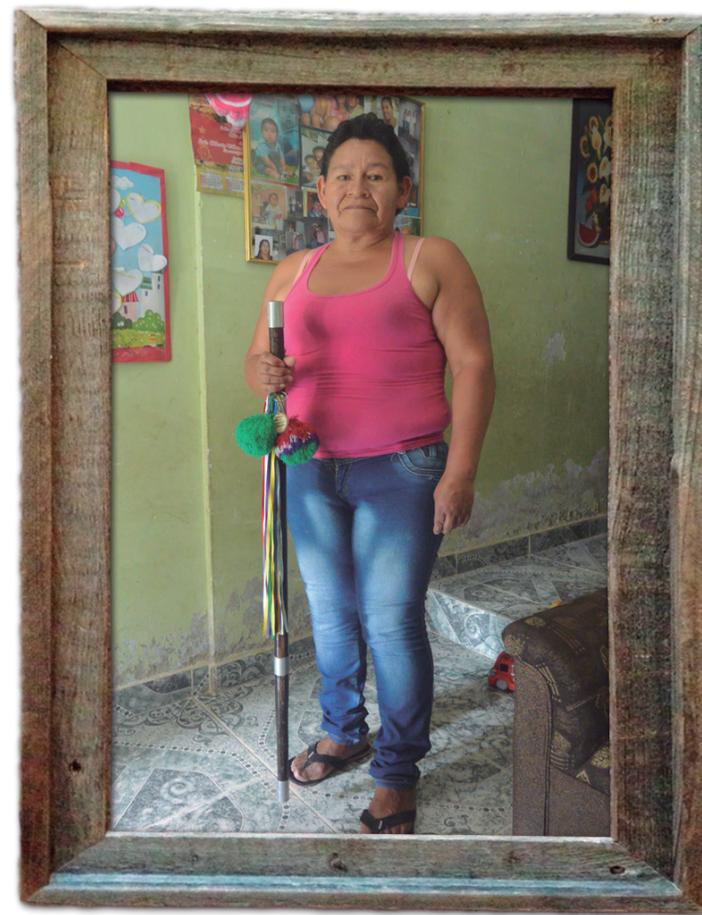
María Esneda Montoya

Me siento orgullosa de ser indígena Nasa. Yo nací en el año 1964, en la vereda Jaramillo (Santander de Quilichao), pero me crié en la vereda Valles Hondos de Jambaló (Cauca) con mis padres, que se dedicaban al cultivo del café y al ganado. Allí fui a la escuela hasta que cumplí mis 16 años, y me mudé a Santander de Quilichao, para trabajar como empleada en casas de familia.

Llegué a conocer el Naya por mi esposo, Delio Chate Ramos. Al Naya entramos dos y salimos cinco personas: mi esposo, mis tres hijos y yo. Aproximadamente hacia los años ochenta, entré por primera vez en el Naya; recuerdo que el camino se hacía en dos jornadas y que los pies me quedaron doliendo por una semana. En el Naya acompañaba a mi esposo y, más que todo, me ocupaba de los oficios de la casa.

La afectación más grande que ha tenido el territorio del Alto Naya fue después de la masacre de 2001. Desplazada por la violencia que azotaba la región, tuve que vivir con mi familia en la plaza de toros de Santander de Quilichao, en condiciones infrahumanas. Tocó ahí sí como dicen:

Fotografía 19. María Esneda en el Naya



Fuente: fotografía aportada por María Esneda Montoya.

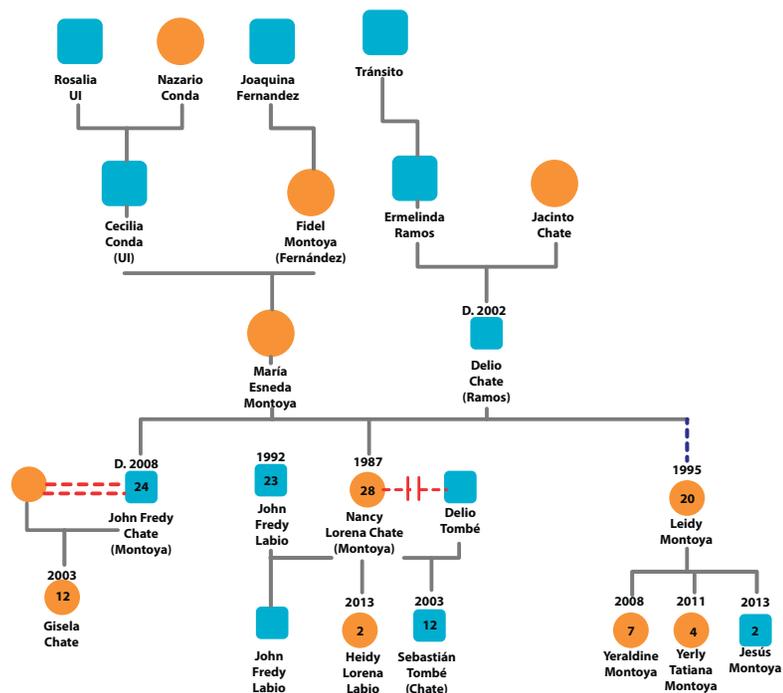


Figura 7. Genograma de la familia de María Esneda Montoya.
Fuente: archivo del proyecto

“Empezar desde cero”. Asimismo, he tenido que afrontar el asesinato de mi esposo en 2003, y posteriormente, el de mi hijo, en 2008. Ese día cumplía años mi hija, dos días antes recibió una carta donde se manifestaba que recibiría un regalo en su cumpleaños y fue la muerte de su hermano. Hoy en día dependo económicamente del Naya, pues allá trabajo como cocinera. Vivo moviéndome constantemente entre el Naya, Santander de Quilichao y Kitet Kiwe. El Naya para mí es lo más maravilloso que puede existir, tiene unas tierras muy deseadas, y es por esto que mi vejez me gustaría pasarla en el Naya.

Fotografía 20. Delio Chate, esposo de María Esneda



Fuente: fotografía aportada por María Esneda Montoya.

¿Quién era Delio Chate Ramos?

Fue el padre de mis hijos. Él era indígena nasa. Cuando lo conocí, ya vivía en el Naya y se dedicaba a la arriería y a trabajar la madera, que era un muy buen negocio. Mi esposo y mi hijo fueron asesinados por ser líderes de las víctimas de la masacre, que buscaban la verdad sobre lo sucedido.

María Soraida Escobar Serna

Fotografía 21. María Soraida y sus hijas



Fuente: archivo del proyecto.

Nací en Cali en 1971. A mí siempre me han dicho que yo soy mestiza, aunque yo hoy me represento como afro, porque provengo de una familia de “raza” negra.

A los dos meses de nacida, pasé a vivir con mis abuelos maternos en una vereda llamada Campo Alegre, ubicada por los lados de Popayán. Tiempo después, mis abuelos se mudaron a la vereda El Carmen, municipio de Buenos Aires, y es aquí donde resido actualmente, después de tantas vueltas que me ha dado la vida. A los 14 años conocí a mi primer amor, y con él tuve mis primeros cuatro hijos, dos mujeres y dos hombres. De ahí en adelante, mi vida giró en torno al trabajo en el campo, *jornaleando* para el mantenimiento de mis hijos.

A los 19 años, mi vida cambió, después de conocer a Henry Aponzá Gonzáles, con quien tuve cuatro hijas más. Con él conocí el verdadero amor, y gracias a él llegué a conocer el Naya. Mi vida en el Naya

Fotografía 22. Hija de María Soraida



Fuente: fotografía aportada por María Soraida Escobar Serna.

además del ambiente sano de la región.

Después de la masacre de 2001, en la que asesinaron a mi esposo, el Naya pasó a ser otra cosa. Dejó de ser esa zona tranquila que era, ya que ahora la gente y las juntas de acción permanecen pendientes de quiénes son los que entran, para evitar que vuelva a suceder lo que sucedió cuando se entraron las autodefensas. A pesar de todo, el Naya para mí es un tesoro, es una zona muy buena para el trabajo, y su gente es muy

transcurrió en la vereda Río Mina. Allá se comía lo que era la yuca, la malanga, el plátano, porque en general allá la tierra es muy buena para la agricultura. De ese territorio tengo muy buenos recuerdos, de mis embarazos y de las veredas que pude conocer, como La Playa, El Playón y La Paz. Siempre tengo presentes esos momentos felices que viví allí con él, siendo ama de casa,

colaboradora. También es una zona muy rica por sus ríos, sus montañas y sus árboles. Hoy en día, mi actual compañero y yo nos turnamos para entrar a vender quesos, dulces de leche, pescados y pollos en el Naya. Debo reconocer que es una zona muy amañadora y me hace falta seguir frecuentándola.

Fotografía 23. María Soraida Escobar con sus hijas: Marleny Escobar, Diana Marcela Aponzá, Derly Yadira Aponzá, y su nieto, Neymar Escobar.



Fuente: archivo del proyecto.

¿Quién era Henry Aponzá Gonzales?

Fotografía 24. Los amigos en el Naya



Fuente: archivo del proyecto.

Él nació en 1959, en medio de una familia de agricultores afrodescendientes, oriundos de la vereda El Pitalito, corregimiento de La Liberia. Su madre era Cecilia María Gonzales, y su padre, Gregorio Aponzá.

Yo lo conocí a sus 36 años, porque en ese entonces él vivía en una finca que colindaba con la finca de mi abuelo en El Carmen. Y así fue cómo lo conocí, un hombre trabajador que significó para mí un compañero y un apoyo para todos mis hijos. Cuando me fui a vivir con él, nos la pasábamos yendo y viniendo entre la finca de La Guinea y el Naya. Él llegó por primera vez al Naya, cuando tenía la edad de 14 años. Entró por medio de un amigo, en aquellas épocas cuando solo se entraba caminando, y hasta era necesario colgarse de bejuco para continuar andando. Como en esas épocas el Naya lo habitaban en su mayoría indígenas, él estableció muy buenas relaciones con ellos. Tanto, que fue afiliado al cabildo, del cual recibía periódicamente unos mercados como apoyo.

Durante su vida, y siendo trabajador independiente, se dedicó más que todo al comercio. Él era lo que uno llamaría un *cambalachista*. Compraba ganado, marranos y bestias,



los cuales luego revendía. También tenía cañaduzales, molía y vendía panelas, que llevaba hasta el Naya. Con las siete mulas que teníamos, entrábamos diversas mercancías como arroz, manteca, jabón, y recuerdo que hasta una vez llegamos a vender ropa en el Naya. A la edad de 42 años fue asesinado por las autodefensas, en la masacre de 2001, cuando venía saliendo del Naya, en la finca de Don Saúl Dagua.

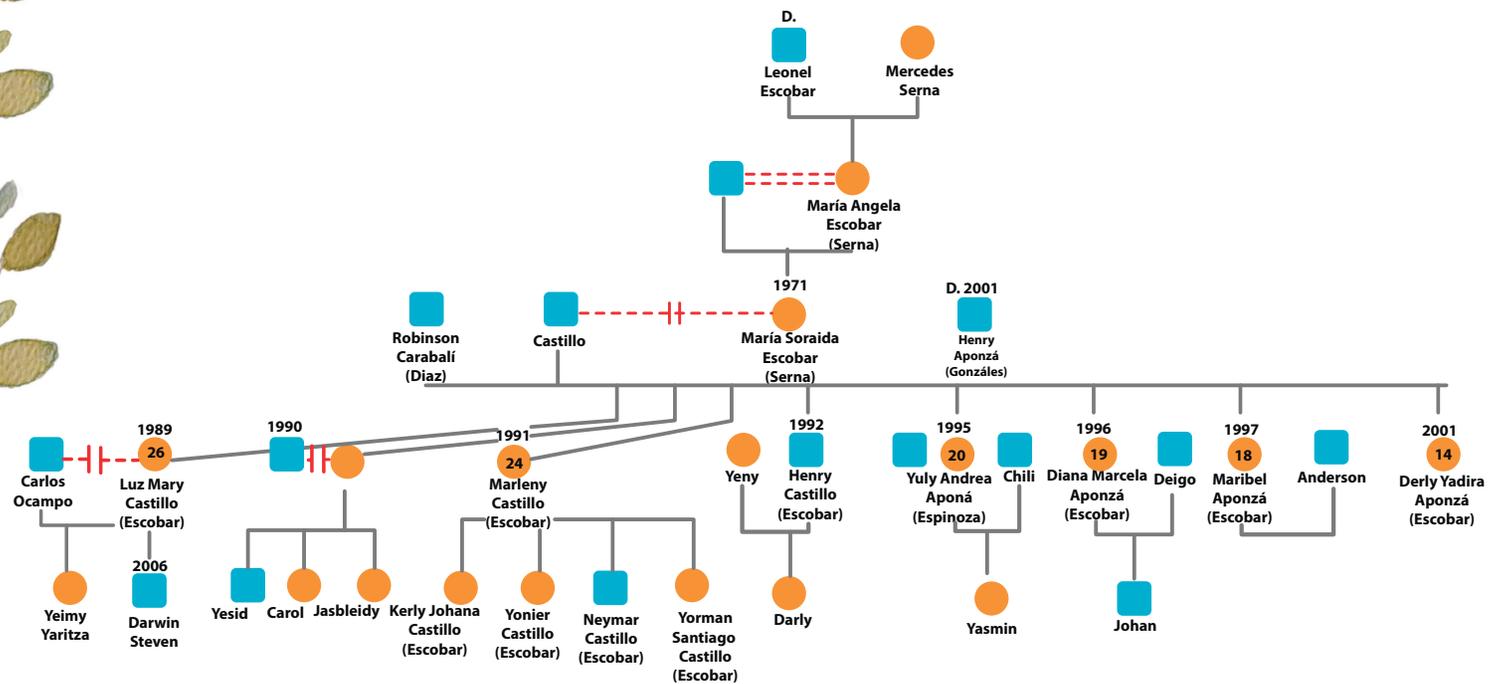


Figura 8. Genograma de la familia de María Soraida Escobar
Fuente: archivo del proyecto.



Marleny Chocué Baicué

Nací en Santander de Quilichao y tengo 44 años. Desde los ocho años, he vivido con mi familia en Santander de Quilichao. Desde joven, comencé a trabajar como empleada de familia en Cali, pero recibí mucha discriminación por ser india, entonces nunca más volví a trabajar en casas. De ahí trabajé más que todo en restaurantes, cafeterías y vendiendo chance. A los 17 años, conseguí marido y quedé embarazada de mis dos hijos mayores, pero ese matrimonio fracasó, por el maltrato que recibía de ese hombre.

A mi segundo esposo, Alexander Serna Quina, lo conocí cuando trabajaba en una cafetería en Santander de Quilichao, y así fue como empezó todo con él. Yo era conecedora del Naya, por medio de unas vecinas, nietas de Don Bartolo, que me contaban que allá era una región muy buena para trabajar, sobretodo porque era muy rica en oro. Varias veces me invitaron, pero yo nunca me animé a ir. Hasta que un día quedé sin trabajo y me decidí a entrar, sabiendo además que allá me iba a encontrar con Alexander.

Fotografía 25. Marleny en el Encuentro de Viudas realizado en la finca Gualanday, Santander de Quilichao, 2015



Fuente: archivo del proyecto.

Fotografía 26. Haciendo memoria



Fuente: archivo del proyecto.

Lo que me pareció más llamativo del Naya, esas primeras veces que entré, fueron los paisajes. Yo tenía planeado quedarme dos meses, y me quedé cinco, durante los cuales trabajé más que todo en la cocina. Ya cuando regresé de allá estaba embarazada. Estando en Santander de Quilichao, me enteré de que lo matan a él; en ese entonces mi hija tenía siete meses de nacida.

Nuevamente me quedé sin trabajo en Santander de Quilichao y decidí volver al Naya. Desde entonces allá trabajo en lo que salga, junto con mi actual compañero, José Alber Dagua. Por ejemplo, recuerdo que al

principio empecé vendiendo conos y raspados en fiestas importantes de la región, como lo son las fiestas de San Pedro y las ferias. En las fiestas se ve la integración de las distintas veredas.

¿Quién era Alexander Serna Quina?

Nativo de Santander de Quilichao, nació en 1974. Él era una persona muy trabajadora, que quería sacar a su familia adelante. Desde muy pequeño él andaba en el Naya. Entró con los Aponzá, que no eran familia de él, pero sí se crio con ellos. Sus abuelos tenían una finca en El Porvenir, de Timba (Cauca) para arriba, y por eso es que él se relaciona con el Naya.



Él se mantenía trabajando, con muchas ilusiones de comprar una casa en Jamundí, para irse a vivir con mi hija y mis otros dos hijos. En el Naya, él trabajaba en lo que le resultará; si le tocaba fumigar o bolear machete, él lo hacía... recuerdo que era un hombre trabajador. Él murió en el Naya, en la masacre perpetrada por las AUC en 2001; dejó una hija, Assley, quien hoy tiene 15 años de edad. No la he podido registrar con el apellido de su padre, y por ello nunca recibió una indemnización por parte del Estado. A ella poco le gusta saber o participar de actividades relacionadas con el tema de víctimas.

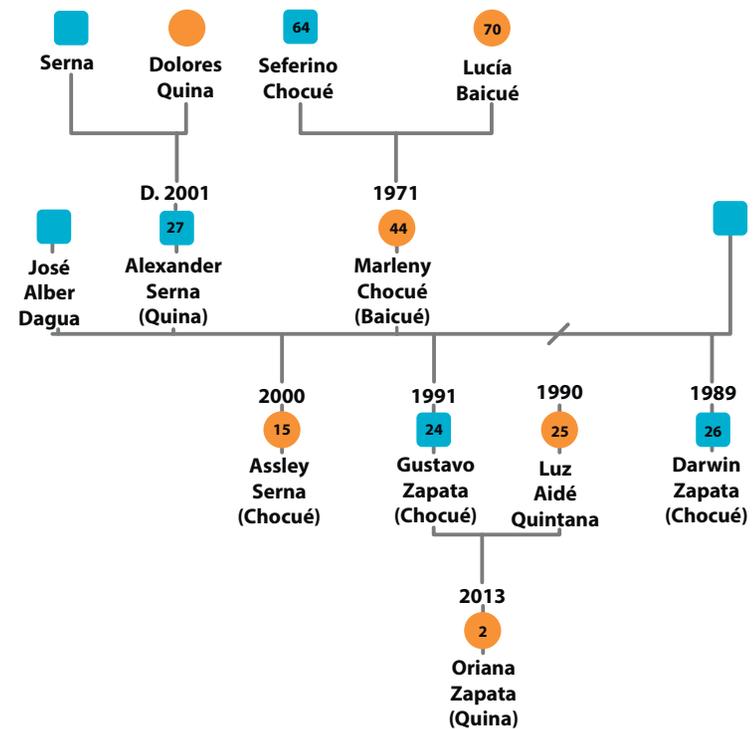
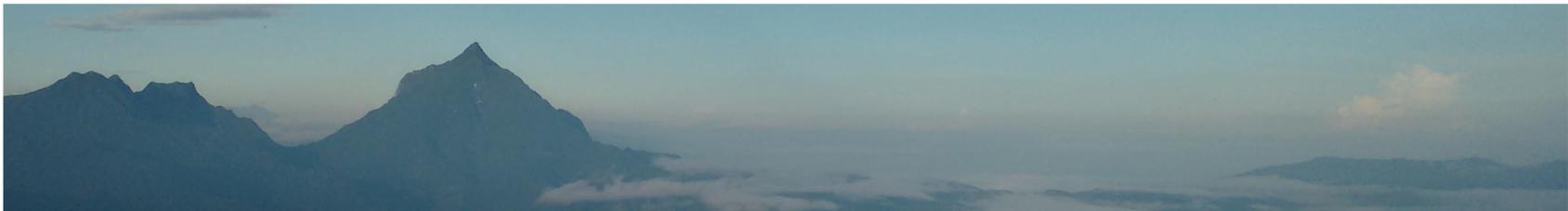


Figura 9. Genograma de la familia de Marleny Chocué Baicué
Fuente: archivo del proyecto.

Fotografía 27. Paisaje Alto Naya



Fuente: archivo del proyecto.

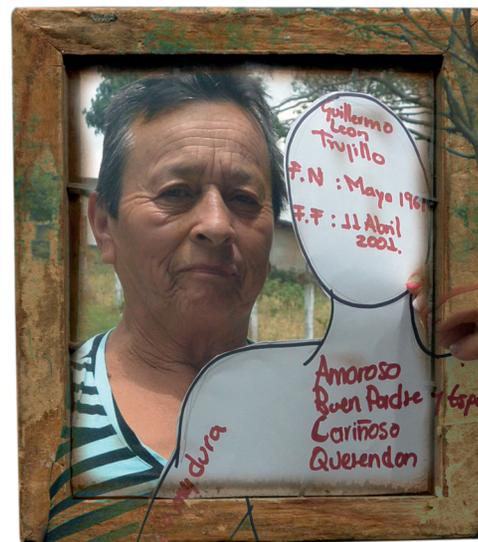
Rubiela Penagos López

Tengo 62 años, nací en Cali y soy campesina. Mis padres eran campesinos de Toribio; mi papá, Pedro Elit Penagos, se dedicaba a la carpintería, y mi mamá, Nidia López Penagos, era ama de casa y lavaba ropa de otras personas.

Tuve mi primer embarazo a los 12 años. Después conocí a mi esposo, Guillermo León Trujillo, y con él me fui a vivir a Santo Domingo (Cauca). Allí, Guillermo cambió la casa que teníamos por siete mulas, y con esas mulas empezó a trabajar como arriero en el Naya. Luego, junto con mi esposo, salimos huyendo de la zona hacia Santander de Quilichao, debido a los combates entre la guerrilla y el Ejército.

Aproximadamente en la década de los ochenta, nos vamos a vivir de nuevo al Naya, a la casa de un señor llamado Olmebo García. Primero vivimos en una casa en la vereda El Playón, y luego nos mudamos a la vereda Alto Sereno. En el Naya, yo trabajaba cocinando y vendiendo comida a la gente que transitaba el camino entre el Naya y Santander de Quilichao.

Fotografía 28. Rubiela en el Encuentro de Viudas realizado en la finca Gualanday, Santander de Quilichao, 2015



Fuente: archivo del proyecto.

Después de la masacre, en la que asesinaron a mi esposo, salí desplazada del Naya, con mi nieta, hacia Timba, Cauca. La niña contaba con escasos siete años en el momento de la muerte del abuelo. Ella ha vivido conmigo todas las dificultades y necesidades después de quedar desprotegidas. Antes de la muerte de mi marido no tenía que trabajar tanto, él se encargaba del sustento de la familia.

Mis recuerdos con el Naya son muchos. Ese lugar significa tranquilidad, amabilidad y solidaridad de la gente. Actualmente resido en Timbío (Cauca).

¿Quién era Guillermo León Trujillo?

Él era mi esposo, que fue asesinado en la masacre del Naya en 2001. Yo lo conocí a él cuando estaba trabajando en Santo Domingo (Cauca), de empleada, y como a los ocho días de estar trabajando en esa finca, Guillermo llegó allá. El patrón me mandó a que le sirviera el tintico a Memo, porque así le decían a él. Yo en ese entonces tenía a mi niña pequeña, y él me dijo que la adoptaba. Ya él me había arreglado la ropa en las cajas de cartón que uno usaba en esas épocas. De ahí, él me llevó con él para La Suiza (Cauca). Ya cuando me figuró irme a vivir con él, fue que lo conocí. Me dijo que él había nacido en Fresno (Tolima), allá había vivido con sus padres; llegó a Santo Domingo (Cauca), muy pequeño, con sus padres y sus ocho hermanos, y ahí crecieron ellos, y toda la familia que vivía en Santo Domingo. En La Suiza vivimos como cinco años, y de ahí comenzó el Ejército a fregar; de allí nos vinimos otra vez a Santo Domingo, después pasamos a Santander de Quilichao, y ahí fue donde conoció amigos que permanecían entrando y saliendo del Naya. De ahí lo invitaron a entrar en el Naya, e hizo

Fotografía 29. La familia León Penagos



Fuente: fotografía entregada por Rubiela Penagos López.

el cambio de la tierra por unas mulitas; comenzó a ganarse la plata, y yo me quedé en Santander. De ahí nos mudamos a Timba (Cauca), que era más cerca del Naya, y ahí él comenzó a comprar muebles, todo lo necesario para la casa. Él trabajó 35 años en el Naya de arriero, porque eso era lo que le gustaba a él. Hasta que un día me invitó para que fuera a conocer el Naya,

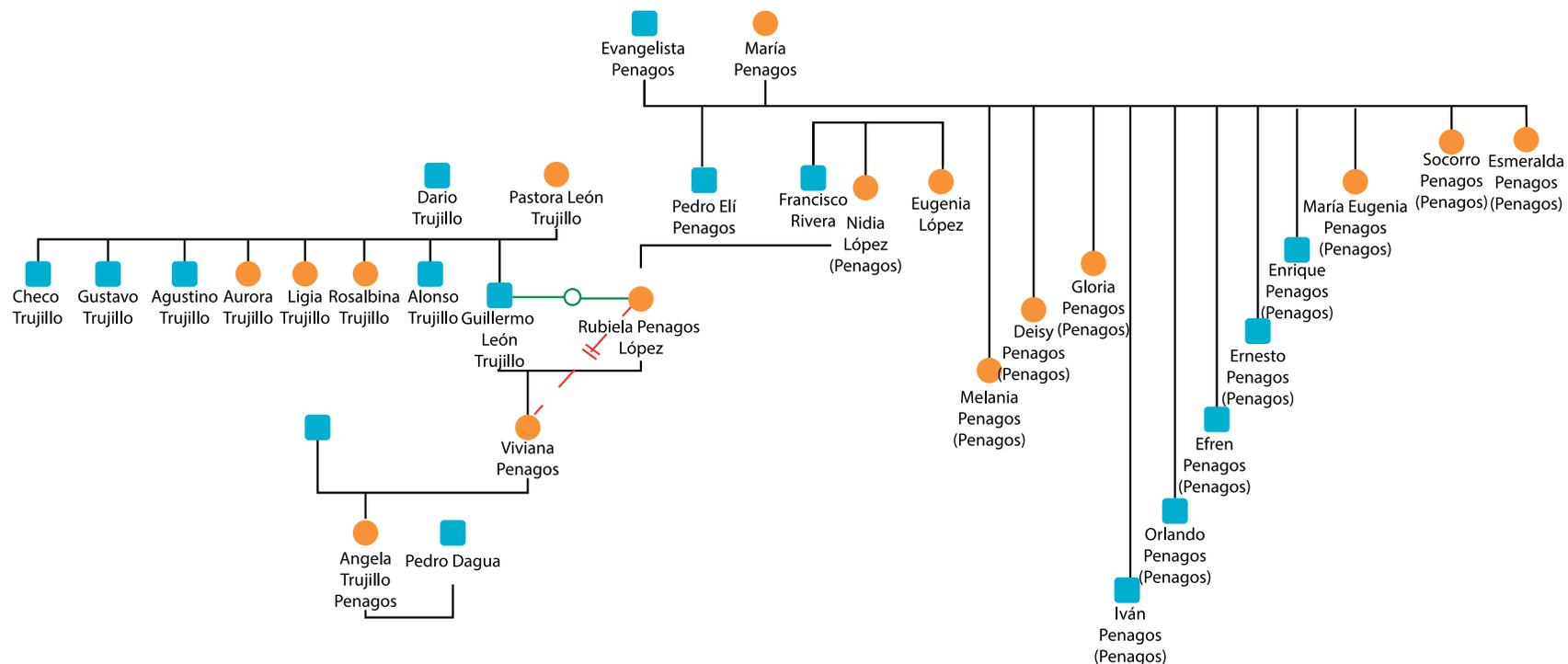


Figura 10. Genograma de la familia de Rubiela Penagos López
Fuente: archivo del proyecto.

porque él me quería llevar para allá. Y a mí me gustó el Naya, me dio mucha tranquilidad; vendimos todo lo que teníamos en Timba y nos fuimos para dentro.

Un amigo le dio una casa en La Playa (Valle), y ya luego él negoció en Alto Sereno para hacer una casa; él mismo la construyó con material de madera. Ahí me dijo: “Vámonos para Alto Sereno”. Ya luego, yo comencé a vender comida, a hacer frijoles paisas, sancocho de

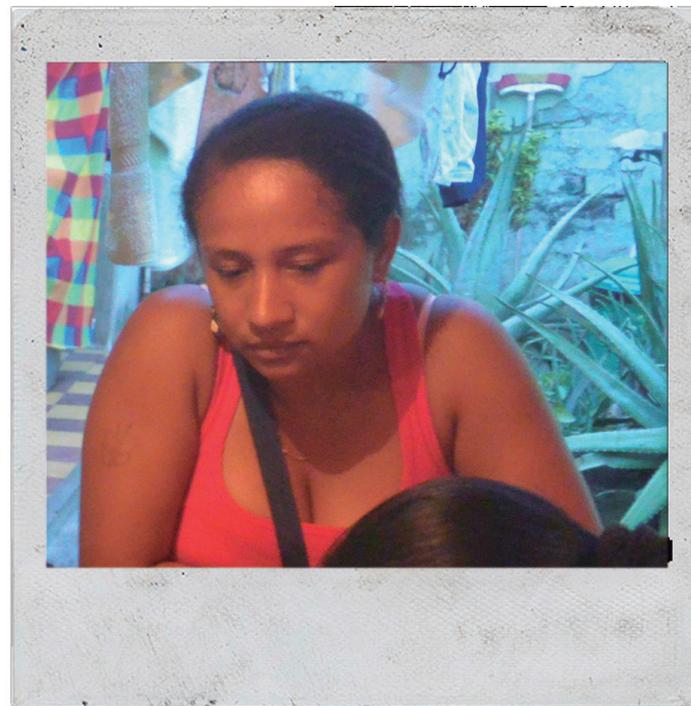
gallina, almuerzos. Ya él venía a El Ceral, a llevar la carga, y yo me quedaba trabajando en Alto Sereno. Los días domingo y sábado nos íbamos a tumbar madera para terminar de hacer la casa. Nosotros vivíamos muy bien. Después de la masacre todo eso lo perdí: las mulas, los animales, las gallinas, las vaquitas, los marranitos, todo lo habíamos conseguido trabajando juntos... y me hace falta. Son muchas las tristezas vividas con mi niñita.

Vanesa Yirama Popó

Nací en Cali (Valle del Cauca), y he vivido desde hace 31 años en Timba (Cauca), con mi madre. Cuando cumplí mis quince años, me fui con mi hermana para el Naya, en búsqueda de una fuente de empleo (eso es el Naya, una fuente de empleo). Allá viví con la familia de mi cuñado, la cual tenía tierras por esos lados, y trabajé ayudando a mi hermana, en el cuidado de mi sobrinita. Un año después volví a Timba, y ahí fue cuando conocí a mi esposo, Rolando Castañeda, el padre de mi hija mayor. Por él retorné al Naya. Y estando con tres o cuatro meses de embarazo, me tocó salir a estar en reposo en la casa con mi madre, en Timba, porque ya el camino en mula era muy riesgoso, por el estado de mi gestación. De ahí, nunca más he vuelto al Naya. Cuando tuve mis cinco meses de embarazo es que entraron los paramilitares al Naya y asesinaron a Rolando Castañeda y a las demás personas que han oído mencionar.

Los dos años que yo viví en el Naya fueron muy tranquilos. Me divertía viendo los partidos de fútbol entre las veredas los domingos, yendo a los bailaderos y bañándome en los ríos. Lo que yo más disfrutaba del

Fotografía 30. Vanesa en el Naya



Fuente: archivo del proyecto.

Naya era sentarme a mirar el Cerro Naya, donde se ve esa india acostada y esa chorrera que va cayendo en medio del cerro, ¡bien lindo! El río, el agua, los animales y la naturaleza son cosas muy bonitas que recuerdo del Naya. Ahorita me dan ganas de devolverme, porque realmente es una muy buena fuente de empleo; lo que usted lleve a vender allá se vende. No he perdido contacto con las amigas y amigos del Naya, y siempre las encuentro y recuerdo la naturaleza de allá.

¿Quién era Rolando Castañeda?

Él fue una persona muy especial, porque fue mi primer esposo, y por eso nunca lo olvidaré. Fue asesinado en la masacre de 2001 en el Naya, por los paramilitares, cuando tenía 21 años de edad. Rolando vivía en Ambalema (Tolima), con la mamá y sus hermanos. Entró al Naya por medio de un cuñado, quién tenía una finca allá; lo convidó a unas vacaciones, y en esas vacaciones él se quedó, mejor dicho se amañó. Porque yo no sé qué tiene el Naya, pero el que se va para allá se amaña.

Viviendo en el Naya, los primeros trabajos que tuvo fueron jornaleando, ayudando a su cuñado con las bestias y administrando su finca. Después se fue independizando, se compró su mula para trabajar como arriero, entrando las remesas de los encargos que la gente le hacía. Llegó a tener sus cuatro mulas, que eran el principal sustento para nosotros. En el Naya, la gente lo quería mucho, porque era bastante servicial.

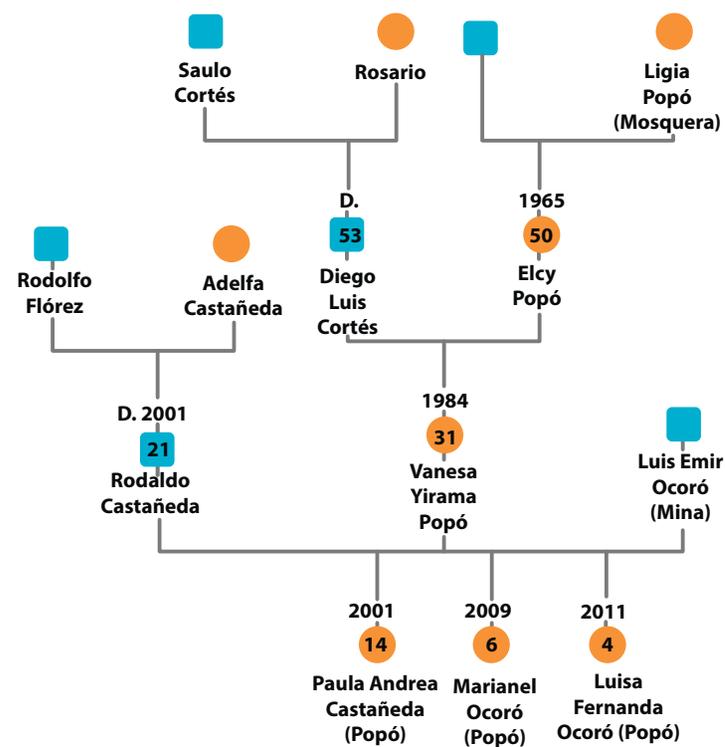


Figura 11. Genograma de la familia de Vanesa Yirama Popó
Fuente: archivo del proyecto.

Yeimi Milena Campo Garcés

Fotografía 31. Yeimi y su mula, La Chilindrina, en la vereda del río, 2001



Fuente: fotografía entregada por Yeimi Milena Campo.

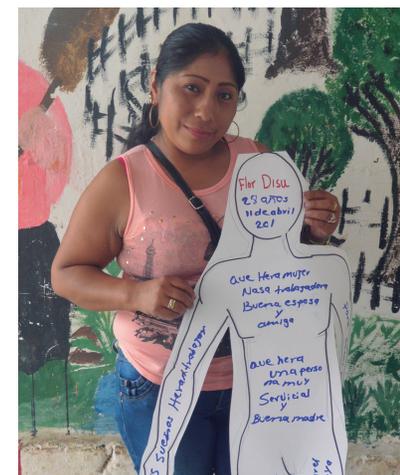
Yo nací en el municipio de Toribío, resguardo indígena nasa de Tacueyó. Allí viví con mi familia, que es toda nasa, e hice mis estudios hasta culminar la primaria. Cuando tenía mis doce años de edad, conocí al señor Esteban Delgado, y con él tuve mi primera hija. Primero vivimos en una finca llamada El Porvenir, pero ante ciertos problemas con su familia, nos desplazamos a vivir al Naya. Allá le esperaba un terreno, y él ya sabía que allá la tierra era muy buena para cultivarla.

Cuando llegamos al Naya fue empezar desde cero. Al principio fue muy duro, me tocaba raspar coca con la

niña a la espalda. Mi marido le compró un pedazo de tierra a un señor que se llama Efraín Yule, y se acordó el pago de seiscientos mil pesos a cuotas, con la Junta de Acción Comunal; eso fue para el año 2000. Recuerdo que ya nos habíamos integrado muy bien a la comunidad y ya nos tocaba colaborar en los trabajos comunitarios limpiando los caminos. Él y yo nos dedicábamos a trabajar en nuestra finca, cultivarla y administrarla. En el Naya las cosas son muy difíciles, todo es muy caro, mejor dicho, carísimo.

Cuando quedé embarazada por segunda vez, decidimos salir para el pueblo, a dar a luz a mi segunda hija, por fuera del Naya. Ya cuando ella estuvo más grandecita, con unos cinco meses, volví a entrar en el Naya. Poco después vinieron los tiempos tristes. En abril de 2001 entraron los paramilitares en

Fotografía 32. Yeimy haciendo memoria de una mujer víctima "flor disu"



Fuente: archivo del proyecto.

la zona y asesinaron a mi marido. Salí desplazada de la región, pero ante la humillación que recibí, regresé rápidamente al Naya, para estar al tanto de los negocios de mi marido en la finca, cerca de Río Mina. Era muy

Fotografía 33. Yeimi hace memoria familiar



Fuente: archivo del proyecto.



duro hacer el papel de hombre y de mujer, ocuparme de los trabajadores y estar a cargo de la cocina.

Al año de muerto mi primer marido, me fui a vivir con otro señor, José Ramiro Díaz. Él ha sido una mano más de apoyo para mí y un respaldo para que a una como mujer le respeten. Vivimos los dos solos, y de ahí me dediqué a trabajar para enviarles dinero a mis hijas, quienes después de la masacre se quedaron al cuidado de mi madre, fuera del Naya. A ellas no les gusta ir al Naya, prefieren vivir en Santander, y a mí también me gusta que estudien.

El Naya significa para mí “tierra floreciente”. Es una tierra muy amada, que simboliza la paz y la tranquilidad. No se necesita de abono ni de trabajo para obtener unas cosechas hermosas. Usted siembra



Fotografía 34. Yeimi embarazada, su esposo y su hija



Fuente: fotografía entregada por Yeimi Milena Campo.

una planta de plátano y a los ocho meses eso ya le está dando, ¡y no unos plátanos, sino unos platanotes!

En el Alto Naya somos muy unidos entre afros, campesinos e indígenas. Compartimos los espacios al momento de realizar el trabajo comunitario y en las fiestas que realizan las juntas de acción para recoger fondos —bailamos entre todos—. También recuerdo que mi esposo, el finado y yo, nos divertíamos mucho jugando al fútbol. El Naya seguirá siendo el sustento de mi familia y trataré de trabajar por el territorio.

¿Quién era Esteban Delgado Zemanate?

Él provenía de El Borde (Cauca). Nació el 10 de mayo de 1966, en Leiva (Nariño). Su madre era Florinda Zemanate, de origen mestizo, y su padre, Pedro Delgado, de origen indígena nasa.

Esteban llegó al Naya por el hermano, Teodomiro Delgado Zemanate, quien trabajaba con el señor Toño Ordoñez. Teodomiro era arriero del señor Toño, y Esteban estuvo trabajando en oficios varios, voleando machete y demás... Él estuvo alrededor de dos años y se regresó nuevamente a Tacueyó, en búsqueda de su hermano Teodomiro, quien había salido primero del Naya. Después de tres o cuatro años regresó al Naya, y se encontró con el señor Efraín Yule, quien le ofreció un terreno para que él lo trabajara en compañía. Después de esto, el señor Efraín decidió vender la tierra, y Esteban decidió comprar solo la parte que le había trabajado, debido a la falta de recursos. Esa finca queda en la vereda de Río Mina, donde siempre llegó; él se ubicó en esta finca, donde inició sembrando plátano, yuca, malanga, maíz... para tener qué comer, y luego empezó la siembra de los cultivos ilícitos, pues ese es el cultivo del que se vive en la región.

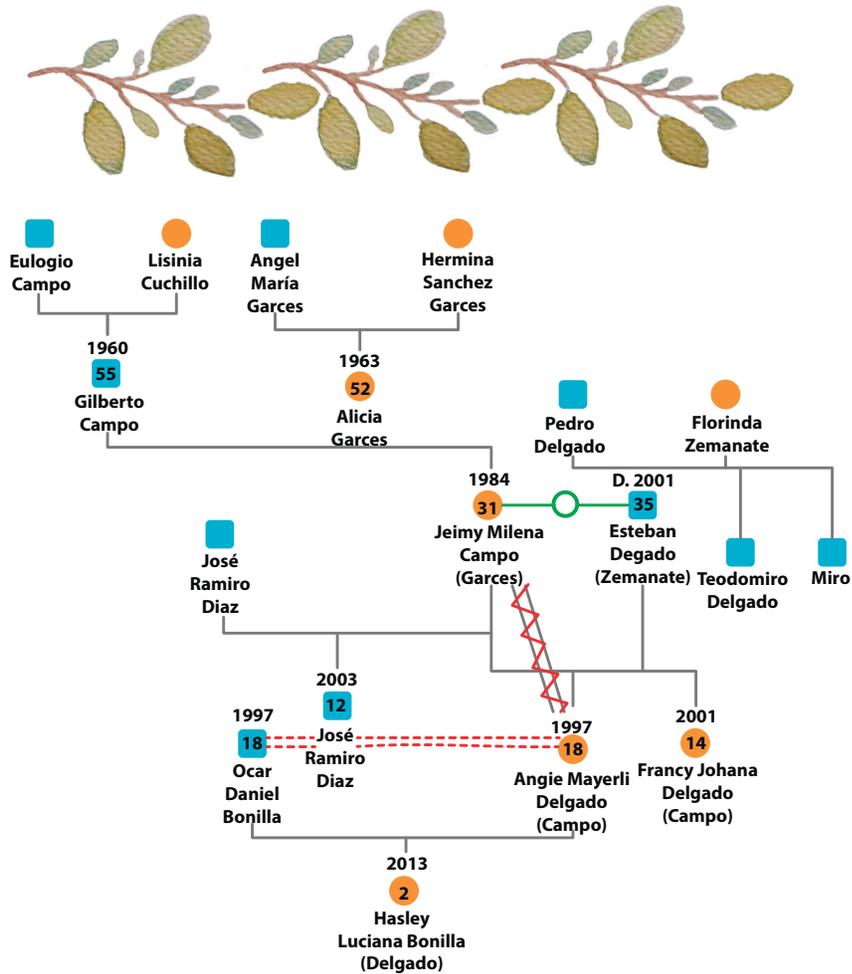


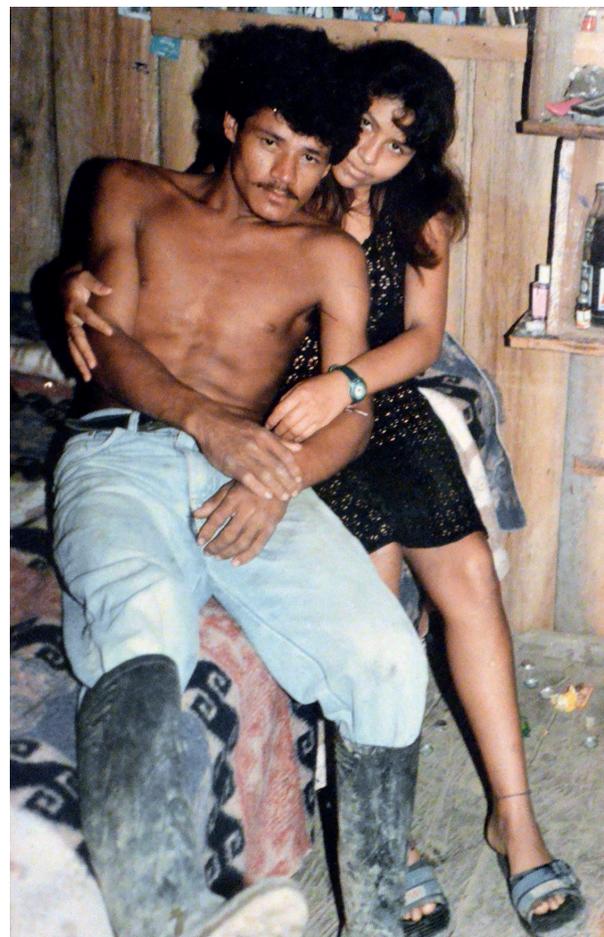
Figura 12. Genograma de la familia de Yeimi Campo
Fuente: archivo del proyecto.

Alejandra Mestizo

Nací en Corinto (Cauca). La gente me llama y me reconoce como Estelia. Mi padre era Zocarios Mestizo y mi madre es Orfelina Sánchez. Dentro al Naya por primera vez, cuando tenía 9 años de edad y caminando. A mí me gusta mucho el campo. Hoy en día tengo mi finca en la vereda de La Paz del Alto Naya. En mi vida me he dedicado a ser una madre soltera y negociante. El Naya ha cambiado sus caminos y ahora hay más población; después de la masacre ya la gente no es bobita, lucha por su territorio y sus derechos. A mí me ha tocado trabajar duro, poner la espalda al sol para cuidar de mi hijo y de mi madre.

La región significa para mí un sustento y mi vivir para ayudar a los que amo, para que tengan cómo estudiar o vivir. Es nuestro recurso de vida, allá encontramos cómo trabajar para un plan de vida para los nuestros. De todo esto se debe recordar que el Gobierno tiene la culpa, y que se debe acordar de nuestros hijos, para que ellos tengan un futuro para el mañana, ya que sus sueños se los llevaron con lo que pasó.

Fotografía 35. Alexander Aguilar Flores y su pareja, Alejandra Mestizo, en el Alto Naya

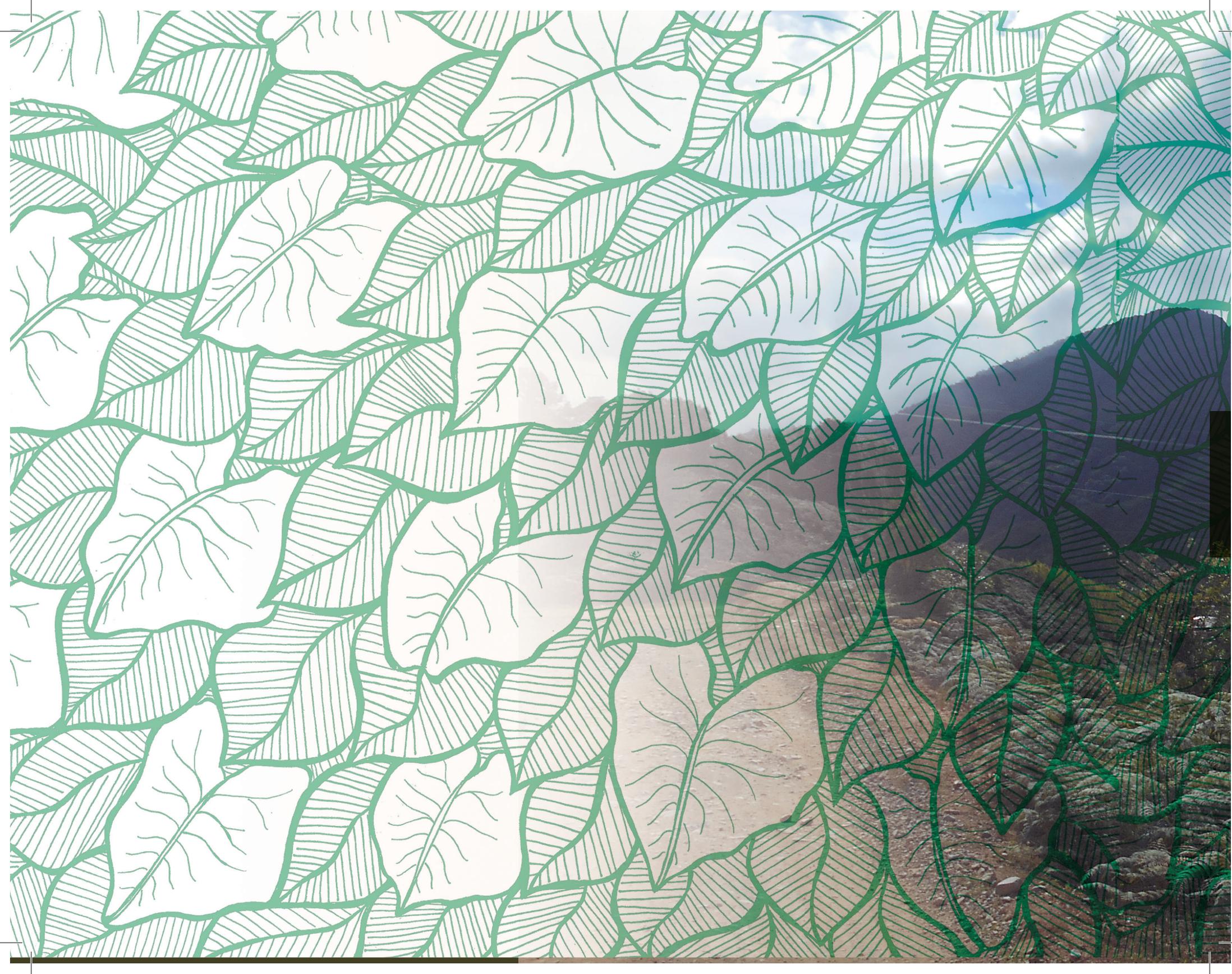


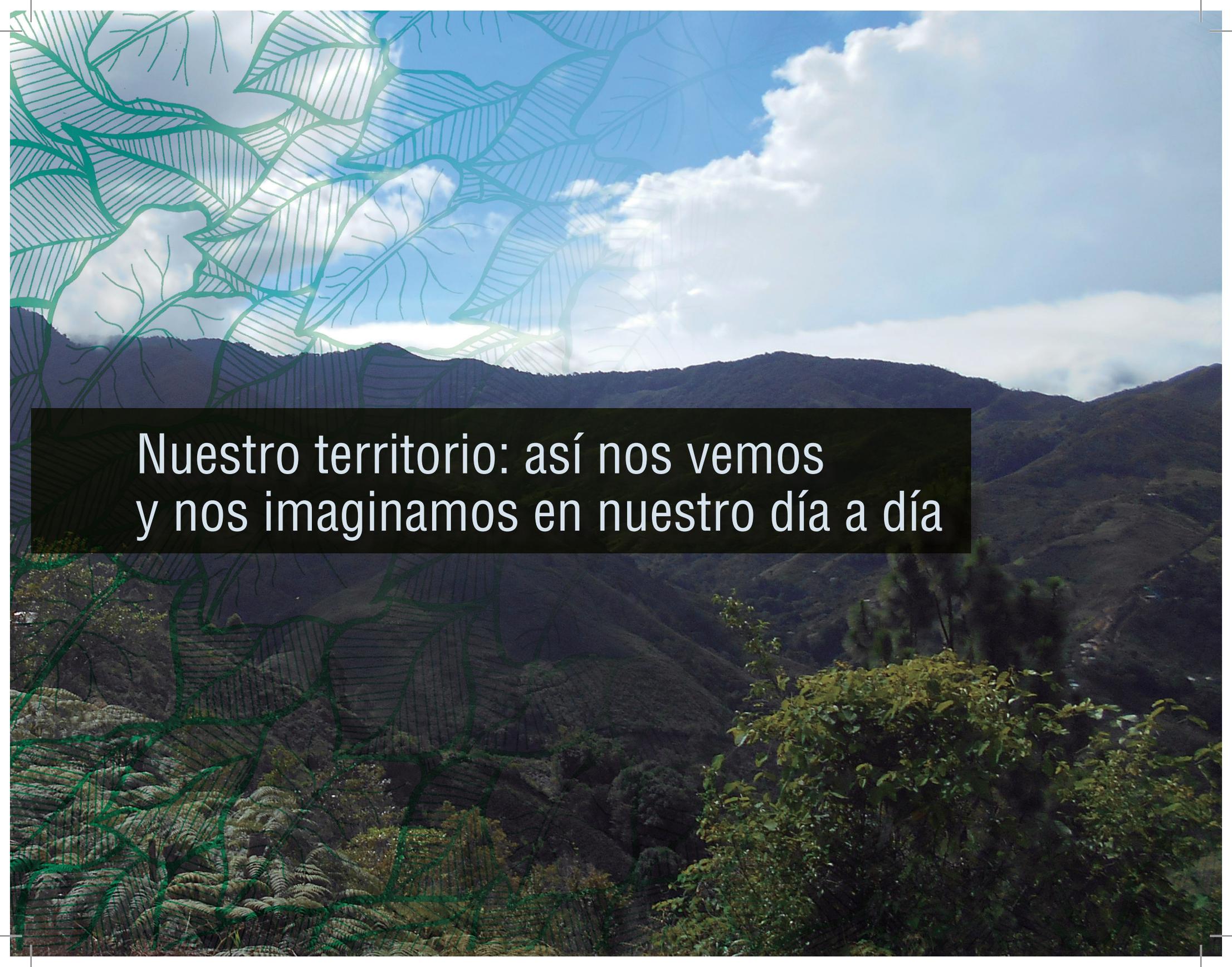
Fuente: fotografía entregada por Alejandra Mestizo.

¿Quién era Alexander Aguilar Flores?

Él era mi pareja. Sus padres eran Ramiro Aguilar, un cafetero, y Daifi Flores, madre soltera. Él venía del Llanito y era indio negro. Su vida en el Naya era trabajar en la arriería y en la agricultura, más que todo, trabajar con muchos sueños, para una familia feliz. Fue asesinado en Timba por los paramilitares, y yo lo recuerdo como un hombre pendiente de su familia, un hombre amoroso y responsable, que cuidaba a su mamá, a su esposa y a su hijo.





A landscape photograph of a mountain valley. The foreground shows a dense forest of green ferns and other vegetation. The middle ground features rolling hills and a valley with a small settlement. The background shows a range of mountains under a blue sky with white clouds. A semi-transparent green leaf pattern is overlaid on the left side of the image. A black rectangular box with white text is centered in the lower half of the image.

Nuestro territorio: así nos vemos
y nos imaginamos en nuestro día a día

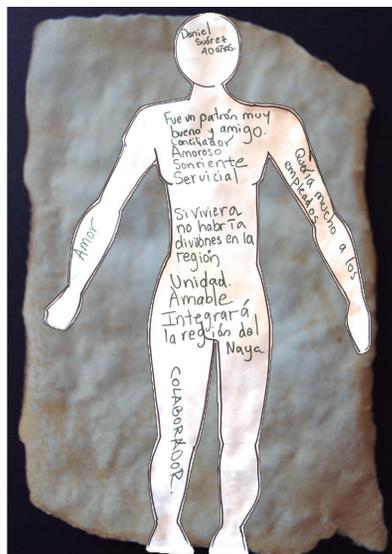


Las anteriores páginas dan cuenta del sentir de nosotras las mujeres y de las diferentes problemáticas que hemos vivido. Pensar en el Naya no implica solo lo geográfico, sino la misma complejidad y dificultad para expresar o definir el territorio. Nuestra relación con aquel va más allá de los límites que hemos construido a lo largo de la vida; en este ejercicio de ver nuestra realidad nos hemos dado cuenta de que a veces no somos conscientes de que no poseemos el territorio que habitamos. Hemos reflexionado como nayeros y nayeras, pero aún nos hace falta llegar a un acuerdo para definir si la propiedad que queremos es colectiva, individual, o ambas, y conseguirla. Tal vez la no conciencia de la tenencia de la tierra es porque siempre hemos vivido en el Alto Naya y lo sentimos nuestro, sin necesidad de que una entidad diga que lo es. Algunos pensamos que porque pagamos una tierra es nuestra; “los indígenas tienen mayor conciencia de la propiedad colectiva y la organización del cabildo, pero los demás colonos no tienen esa claridad” (Encuentro de mujeres, Santander de Quilichao, 2015).

En los últimos tiempos hemos conversado con juntas de acción comunal y con el cabildo sobre nuestro futuro, pero aún no hay claridad, nos imaginamos un territorio donde todos participemos. A partir de las conversaciones con personas de fuera del territorio, investigadores de universidades y de ONG hemos asociado el tema del conflicto de la propiedad de la tierra con el conflicto armado, que nos desplazó a más de mil familias en 2001.

En este taller, y al construir el camino de ingreso al Alto Naya, nos rememoran las distintas luchas para la construcción de una vía de acceso que nos brinde más seguridad y agilidad para el

Fotografía 36. Encuentro de mujeres en Santander de Quilichao - septiembre 2015



Fuente: archivo del proyecto.

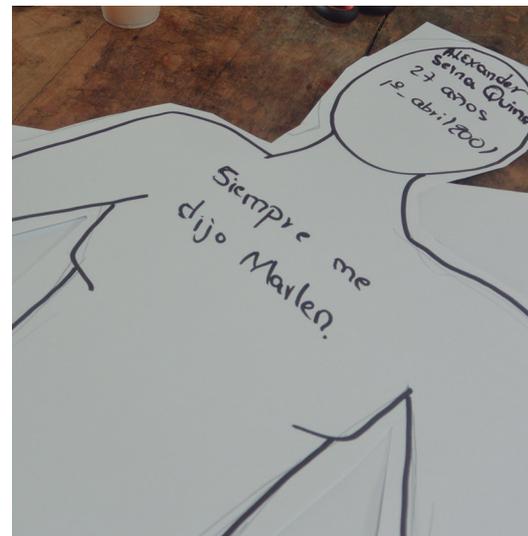
ingreso al territorio —por ejemplo, hoy tenemos empalados, que en época de los primeros pobladores era impensable—. La siguiente imagen representa el camino de ingreso al Naya y permite dimensionar la importancia del diálogo, como un ejercicio para tejer la memoria colectiva. De ahí la importancia de que de este ejercicio quede un registro escrito, para que los niños, las niñas y los habitantes del Naya no olviden su pasado.

Fotografía 37. Encuentro de mujeres en Santander de Quilichao - septiembre, 2015



Fuente: archivo del proyecto.

Fotografía 38. Encuentro de mujeres en Santander de Quilichao - septiembre, 2015



Fuente: archivo del proyecto.



Este encuentro ha permitido que como mujeres imaginemos un territorio distinto. Al final hemos vivido varias fases después de la muerte de nuestros familiares y amigos, y los puntos de discusión sobre el territorio pasan por las necesidades que tiene cada una con sus familias. Como lo manifiesta Rubiela Penagos, en muchos casos hemos realizado el rol tanto de hombres como de mujeres (2015).

Frente al conflicto armado y el proceso de paz, podemos afirmar que el Estado ha abandonado a las víctimas, y con respecto a la masacre del Naya, algunos se han beneficiado; pero la mayoría de las familias de las víctimas directas hemos sido olvidadas. Frente al tema de la formalización de la tierra, el Naya juega un papel importante en las negociaciones con las FARC y el Gobierno Nacional, pero nadie nos ha consultado. Si así siguen las cosas, seguiremos excluidos, como siempre hemos estado. Ahora, la manera en que se concibe esta problemática puede acentuar los problemas

Fotografía 39. Encuentro de mujeres en Santander de Quilichao - septiembre, 2015



Fuente: archivo del proyecto.

Fotografía 40. Cartografía social del naya. Encuentro de mujeres en Santander de Quilichao - septiembre, 2015.



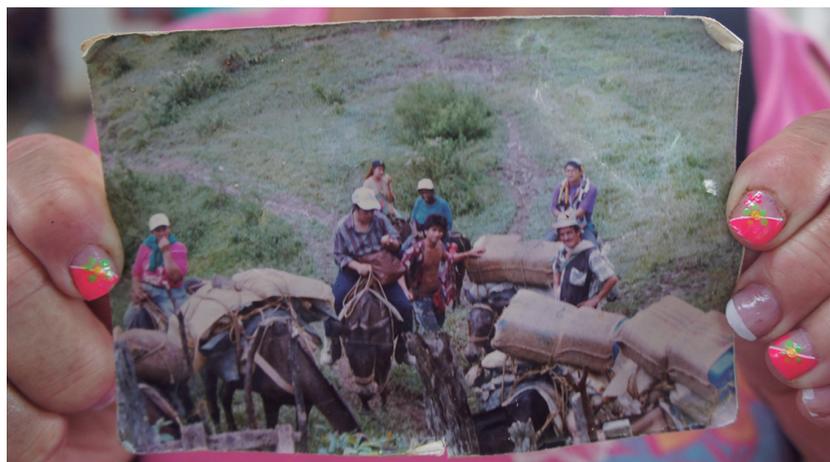
Fuente: archivo del proyecto

que se tienen en el territorio, no hay garantías; lo que ocurre en el Naya son los mismos problemas históricos de los campesinos, indígenas y afros que viven en el área rural. Se ha pensado, planificado desde las ciudades, sin reconocer las necesidades, problemáticas y retos de los territorios rurales interétnicos, que invitan a una reflexión distinta. Por ello, los habitantes del Naya y las víctimas estamos preocupados por los usos de la tierra que se puedan dar a futuro. Aún hoy existe una inestabilidad jurídica de la tierra, que nos deja sin certeza sobre el futuro; si bien es un tema que se debate en las negociaciones, reconocemos que actualmente no hay acuerdo entre vecinos, juntas de acción comunal y los mismos cabildos.

Un ejemplo de ello fue lo que ocurrió en el Bajo Naya y el pleito con la Universidad del Cauca; estos y otros temas evidencian la falta de Estado en la región. De allí la necesidad de que reconozcamos en los elementos de la vida cotidiana las apuestas por un futuro más promisorio, y que el legado a las generaciones sea una comunidad con diferencias culturales, pero unidas, por sus relaciones de cooperación y respeto por el otro. Con todo y esto, nos parece importante que el Naya sea conocido no solo como el lugar de una tragedia nacional, sino como un lugar más de la geografía colombiana, donde trascurren las vidas de miles de personas.

En la reflexión sobre la vida cotidiana en el Naya se vio la necesidad de generar encuentros y discusiones sobre la importancia de construir unas cartografías sobre la vida allí,

Fotografía 41. La vida en el Naya



Fuente: archivo del proyecto.

Fotografía 42. La vida en el Naya



Fuente: archivo del proyecto.

así como de reconocer la importancia de incluir el rito de abrir caminos —desde la cosmovisión del mundo nasa que está presente en el Naya—, el cual hoy, por distintos asuntos, poco se practica. Para quienes por primera vez encuentran esta categoría, los invitamos a recordar lo que los ancestros nos dejaron de legado.

“Abrir camino” para proteger la vida, facilitar el recuerdo y volver a la memoria del territorio del Alto Naya: realizar esta práctica espiritual nasa es sumamente importante, para que la tarea por iniciar resulte bien, sin problemas...



Fotografía 43. Vida en el Alto Naya



Fuente: fotografía aportada por Rubiela Penagos López.

Sentarse a mambear nos conecta con la madre tierra, con los seres espirituales que armonizan y equilibran las energías. Esta práctica cultural nos reencuentra con la memoria de la vida, desde su origen y razón de ser, que nos permite percibir, sentir y obtener buenas ideas y prácticas coherentes para la tarea que hemos decidido emprender. Después de mambear, voltear la coca, fumar el cigarro y el tabaco, seguir mambeando y volver nuevamente a voltear nos permite soltarnos de las energías negativas, que con el baño dejamos en las aguas del río. El contacto con el agua nos permite descargar y cargar energías positivas que equilibran nuestra vida y que nos permiten, con seguridad y sin

peligro, avanzar en las distintas tareas que nos propongamos realizar. Las prácticas culturales nos envuelven en el espiral de la vida, que nos recuerda a cada momento quiénes somos, de dónde venimos y para dónde vamos; estamos en un constante ir y venir con nuestro pasado, con nuestra historia, que solo a través de los recuerdos y de la memoria llegan a nuestras vidas.

Al tener claro uno de los rituales más generalizados dentro de la cultura del pueblo nasa, quisiéramos hablar un poco sobre cómo nos desenvolvemos en el territorio, cómo lo usamos y cuáles son las prácticas culturales más generalizadas. Como todo tuvo un origen, es importante recordar la historia de Malanga y Mula, que por allá en 1945 llegaron con los primeros nasa al territorio del Naya, y con ellos, también la cultura, por la difícil trocha pantanosa que debían caminar durante diez horas cuando les iba bien. Añora doña Julia, la verde y extensa montaña que les daba de comer carne de todo tipo: tatauros, guaguas, venado, guatín, chucha, gallineta... y qué decir del abundante pescado en los ríos... era



Fotografía 44. Paisaje del Alto Naya



Fuente: archivo del proyecto.

el menú de la semana, acompañado de surtidos vegetales y frutas de la región: el chulquin (cogollo de la iraca), que nunca podía faltar a la hora de comer; el cogollo de yuca y zapallo, chontaduro y borojó.

En la familia no podía faltar la compañía de un perro, dos, o hasta siete, para cuidar la casa y acompañar al amo en las grandes travesías por aquella espesa y verde montaña. Margarita Garcés, una mujer afro que desde tiempo ancestral hace minería, recuerda que su abuelo entró por el Valle del Cauca para La Playa:

Cuando entraron los viejos de nosotros no había pueblo en la playa, no había nadie, que después de los negros entraron los indios, por eso era que los indios les corrían a los negros y los negros les corrían a los indios, porque en ese tiempo como no se había visto a nadie, ni gente blanca, sembraban pan, papa china, banano, eso fue sembrado de los afro. (Comunicación personal, 2015)

Fortalecer el territorio del Naya es mantener viva la cultura. Las costumbres de los pueblos que habitan el Naya, sus fiestas, música, comida y alegría. Aunque también es importante dar fuerza a las formas organizativas, como dice don Heriberto Trochéz:

Se estaba perdiendo la cultura del pueblo nasa, esto nos conlleva a tener la organización como cabildos indígenas, la base fundamental de la organización indígena es la unidad, la tierra y la cultura y la autonomía, todo eso está en proceso, hemos buscado la unidad o estamos buscando la unidad para ver cómo fortalecer los territorios y también una vez fortalezcamos como nuestro territorio, ¡vamos a fortalecer la cultura! (Comunicación personal, 2015)

Así que los grandes esfuerzos son por la unidad y el fortalecimiento del territorio. Que no se les olvide que son pueblo nasa, que todavía se puede recuperar la cultura, y que también han vivido toda la vida con los afros y campesinos mestizos... Enterrar el ombligo del niño que acababa de nacer era fundamental para que los niños no abandonaran el territorio; y si en algún momento decidían salir, la madre tierra los haría regresar. La mayoría de los abuelos hablaban la lengua materna, fortaleza para mantener la identidad (la juventud ahora no). La falta de escuelas para enseñar y los pleitos por linderos de tierras, que al inspector en su tiempo le tocaba arreglar, dan cuenta de la difícil convivencia histórica en el lugar.

Una de las actividades económicas que ha estado presente ha sido la minería, de la cual se vivía. Cincuenta pesos que valía el gramo alcanzaban para comprar muchas cosas, no como hoy en día, que el dinero no alcanza para nada. Era muy común encontrar guacas o entierros de los antiguos. Otra de las actividades propias del territorio que se han perdido eran las mingas, para arreglar el camino: salían de 60 a 70 personas, y era toda una fiesta. Hoy se prefiere pagar a un trabajador, dejando a un lado la unidad y el compartir que se vivencia con la minga. A partir de la década de los setenta, el Alto Naya se ha constituido como un territorio de cultivo de coca, y con esta han llegado todas las dificultades. El territorio, por su diversidad cultural, nos presenta algunos referentes simbólicos que queremos compartir:

Fotografía 45. Paisaje del Alto Naya



Fuente: archivo del proyecto.

1. *Cerro Azul*: este cerro es un lugar sagrado, fue el primer lugar que visualizaron los antepasados cuando llegaron al territorio, donde las plantas medicinales brotaban a montón y los espíritus se paseaban de un lado para otro, por la hermosa cordillera Occidental. En la parte alta se encuentra Patio Bonito, otro sitio sagrado, que, al igual que Pico de Loro y la espléndida laguna que se encuentra en algún lugar de la parte alta de la cordillera, le da vida a las plantas medicinales, utilizadas por los médicos tradicionales. Es un lugar bellissimo, que lleva guardada en su memoria los rituales y ceremonias que nuestros mayores allí realizaron. Hoy en día no se puede ni pisar... el batallón de alta montaña que el Gobierno instaló no deja pasar, y esto hace que las nuevas generaciones no

Fotografía 46. La vida en el Alto Naya



Fuente: archivo del proyecto.

puedan disfrutar de la energía que transmitía el Cerro a quien se acercaba.

2. *El día de las ánimas*: este es otro evento importante que hace parte de la cultura inmaterial, es decir, no visible, como el Cerro Azul. La celebración era una bella integración; se invitaba a todos los vecinos, se comía y se brindaba por los espíritus de los familiares y amigos que habían muerto. De igual manera, se ha dejado de celebrar en noviembre el día de las ánimas. Las fiestas en ese entonces estaban marcadas por música de cuerda, no podían faltar la guitarra y las maracas... ¡qué tiempos aquellos! Hoy, el equipo de sonido desplazó la música propia, y las muchachas ya no quieren bailar con los viejitos, los hacen a un lado. Al son de la guitarra y las maracas se bailaban, una o dos noches, acompañados

de una deliciosa bebida natural (tapetusa o chirrincho y guarapo) En ese tiempo no entraban cajas de ron, que hoy llegan con la mula.

3. *El trabajo comunitario*: se recuerda con nostalgia cómo las comunidades, para recolectar fondos para los trabajos comunitarios —como arreglo de caminos y escuelas—, molían la caña, para sacar el guarapito, el cual fermentaban y vendían por botella o por media. Con eso se recolectaban los fondos y se trabajaba.
4. *Celebraciones religiosas*: matrimonios y bautizos se celebraban gracias a un curita que, desde Buenaventura, subía a celebrar. Pero en 2001 la masacre lo sorprendió; era plena Semana Santa, y desde ese día hasta hoy no volvió a subir nadie; ni más celebraciones volvíamos a festejar. Algunas familias celebran los 15 años de sus hijas, y aunque no es una costumbre, cuando nos invitan vamos todos a celebrar.

Fotografía 47. La vida en el Alto Naya



Fuente: archivo del proyecto.

Fotografía 48. La vida en el Alto Naya



Fuente: fotografía donada por la comunidad.

Por falta de cura, solo los familiares y amigos acuden para velar a los difuntos en el Alto Naya. Después de una larga noche en el velorio, al otro día derechito al cementerio van a dar. Cuando los difuntos son foráneos, a sus familiares hay que avisar; algunos entran por ellos, y después de encintar los cuerpos y bañar la mula en alcohol —para alejar el frío del muerto, que también a la mula se puede llevar—, sale el difunto a “lomo de mula”, por el solitario camino a transitar. Mientras en el Alto Naya se despide a los difuntos de esta manera, en el Bajo Naya los afros amanecen rezándoles y cantándoles a los muertos.

Cuando los muertos son niños, se celebran bailes y cantos como los antiguos, se dicen que eran niños inocentes, sin pecado, el nacer y morir no viven en pecado, los niños chupan la materia que uno les da, ya uno es una persona adulta con el pecado que la gente dice, ya uno dice palabras, vulgaridades, entonces los niños son inocentes, se les toca con guasales, y el baile, entonces son las costumbres de nosotros allá. Eso en el Alto Naya no practican eso. (Garcés, comunicación personal, 2015)

5. Por otra parte, como parte de la sana recreación, los campeonatos interveredales eran la sensación: las dieciséis veredas se preparaban para mostrar el mejor fútbol, aunque de manera anticipada ya se sabía que la vereda La Playa iba a ser la ganadora, o El Playón, cuando La Playa se descuidaba. Lastimosamente, después de 2005, el fútbol se abandonó, con la llegada del monocultivo; la gente prefería hacerle a los cultivos que ir a jugar. Sin embargo, llegó el micro, que puso a partir por la mitad las grandes canchas y a vibrar nuevamente la cordillera.

6. *Las fiestas patronales*: la vereda El Playón, cada año, celebra las fiestas patronales de San Pedro y San Pablo, que son las más famosas del lugar. En el resto de las veredas, las comunidades organizan eventos comunitarios, y en las casetas veredales, los demás van a dar.

En el Bajo Naya, el 16 de julio se celebra la fiesta de la Virgen del Carmen; se hace arrullos y se sacan lanchas de motor; se entrelazan ramos, de los que se corta en el monte, se viste la lancha bien bonito, y a las doce de la noche se saca la balseada hacia el río; y los hombres van con el bombo, y las mujeres, con el guasal.

Qué bonita la balseada

Subiendo por la mitad,

Póngale cuidado

Pa' donde va...

(Garcés, comunicación personal, 2015)

Las mujeres con los guasales, cantando ponen a bailar a los hombres (Garcés, 2015). De igual manera, el 4 de octubre se celebra san Francisco de Asís, con arrullos, cantos y bailes. Después, el 8 y el 28 de diciembre son fiesta, que ya es “costumbre desde la Antigüedad; se rezaba la novedad

Fotografía 49. Resguardo Munchique, Los Tigres. Paisaje del Alto Naya



Fuente: archivo del proyecto.

del niño Jesús de Belén, y en la Semana Santa se saca el viacrucis como lo hicieron en el antepasado, en el Antiguo Testamento” (Garcés, comunicación personal, 2015).

Otra de las grandes distracciones era un buen sancocho de gallina, al lado del río Naya, que con su cálida agua, nos refresca el alma, dice don Eriberto Trochéz: “El río Naya es la columna vertebral del Alto Naya, pasa por medio del territorio; al margen izquierdo queda el Cauca, municipio de Buenos Aires, y al margen derecho el municipio de Buenaventura. El río no nos divide, nos une” (comunicación personal, 2015). Sin embargo para los afro, el río significa mejoramiento de la vivienda, sin agua no se puede vivir, afirma Margarita (Garcés, comunicación personal, 2015).



Por último, y en general, se puede decir que el Naya “es un territorio de paz, de armonía, convivencia y tranquilidad, donde la fertilidad es su mayor característica, lo que se siembra produce, es fuente de vida” (E. Trochéz, comunicación personal, 2015). Sin embargo, la historia ha estigmatizado este territorio, y en las distintas conversaciones, encuentros y entrevistas se corroboró también el poco reconocimiento de los saberes y opiniones de los nayeros sobre las visiones acerca del desarrollo de su territorio. Según esta concepción, manifestaron que en algunas ocasiones las entidades nacionales, no municipales ni departamentales, convocan a reuniones con la intención de conocer las necesidades de este grupo poblacional; sin embargo, al parecer, no son de carácter permanente y no ocurre nada. Las instituciones han llegado y hablado con unos pocos; por ello, las no víctimas directas han sido quienes han recibido las indemnizaciones. Esta situación permite entrever que los avances en materia de participación real no han sido lo suficiente significativos en el territorio, puesto que no existe un intento por comprender las realidades del entorno social en el que habitan ni tampoco por conocer sus necesidades, para promover un verdadero desarrollo acorde con sus sentires, como se muestra en la siguiente postura:

No hay ningún momento, ninguna entidad del Gobierno, no se ha venido a plantear nada bueno para el territorio, nosotros, o sea, por mi cuenta plantearía qué es un mejoramiento como de salud, educación de la gente, porque yo veo que en toda parte creo que pasa eso y aquí también está pasando, no hay un desarrollo para la gente para la salud, que es lo importante; hay un puesto de salud sin los elementos mínimos y sin profesionales, por ejemplo médicos o enfermeras. Eso sí es una falta de respeto con nosotros, porque cuando de verdad necesitan a la gente aparecen las instituciones. Tampoco es posible tener comunicación con las instituciones y en muchos casos se pierden los proyectos porque a nadie le gusta ir al Naya. Pongámosle que para una asamblea se cita y se toman decisiones y después al tiempo se olvida. (Encuentro de mujeres en Santander de Quilichao, 2015)

La vida cotidiana y los sin sabores de quienes han participado en el trasegar de cambiar la percepción sobre cómo se conciben las relaciones en el territorio es una parte importante que queremos que sea conocida por todos. Por ese motivo, a continuación encontrarán las dinámicas que hemos vivido en el Naya y los referentes de una vida previa a la actual.

El Alto Naya en el tiempo

El Naya es un territorio en el cual la configuración de la memoria es una experiencia a partir de las texturas, las narrativas, las vivencias de los pobladores y el mismo recorrido del camino para llegar al Alto Naya, que mientras nos hablan de la riqueza natural y los distintos conflictos territoriales, van marcando los hitos que posibilitan transitar por el sentido y el significado simbólico de la cultura nayera. Estos son los indicadores narrativos que nos permiten entender la cronología de los lugares.

Fotografía 50. Prospectiva territorial. Encuentro de mujeres en Timba, Cauca- septiembre, 2015



Fuente: archivo del proyecto.

Nuestros retos como comunidad

Pensando en una región a futuro, se hace imprescindible reflexionar sobre qué cosas se tienen que mejorar en el Naya, para asegurar la preservación de la naturaleza y de su gente. Por ese motivo, pensar cómo organizarse, de qué manera gobernar el territorio y cómo armonizar la convivencia entre los nayeros es un sueño y una apuesta vigente. Así, los retos son:

1. Asegurar una forma de propiedad colectiva armónica, que reconozca la vida cotidiana y usos del territorio.
2. Reconocer que la diversidad cultural del Naya es su riqueza, por lo cual se hace necesario una apuesta y un trabajo por la paz.
3. Hacemos parte de un país en construcción y se requiere pensar en un territorio donde puedan participar todos, para decidir sobre nuestra pervivencia y el buen vivir.
4. Se hace necesario pensar en nuevas formas de organización social a partir de la firma de los acuerdos de paz entre el Gobierno y las Farc en La Habana.
5. También es importante trabajar para que no haya más estigmatización del territorio y sus habitantes, por lo tanto, hemos sido las víctimas de los complejos procesos sociales de desigualdad y violencia.



Mapas del cuerpo: ejercicio de memoria

En el marco de la construcción de memoria histórica del Alto Naya, con perspectiva de territorio interétnico, se realizó un ejercicio simbólico de reparación y memoria colectiva, a través de la herramienta mapas del cuerpo. Las participantes recordaron a sus víctimas a partir de la resonancia que una silueta les trajera a la mente. Dibujaron, colorearon, escribieron y expresaron las experiencias, las alegrías, los pensamientos y las emociones, de manera que les fue posible trascender lo dicho por las palabras; trascender la historia particular, las experiencias vitales, las condiciones y el empezar algo nuevo frente a la visión del territorio Naya, en la actualidad y para las generaciones futuras (Arendt, 2005, pp. 9-19). El ejercicio, inicialmente individual, se transformó en un ejercicio colectivo, en la medida en que el concepto de cuerpo fue muy amplio y tal vez muy cercano: “trata de mostrar que el cuerpo supera el conocimiento que de él se tiene y que el pensamiento

Fotografía 51. Encuentro de mujeres en Santander de Quilichao - septiembre, 2015



Fuente: archivo del proyecto.

supera en la misma medida la conciencia que se tiene de él” (Deleuze, p. 28). Alrededor de esta noción se hizo un intercambio con las mujeres participantes, quienes mencionaron algunos aspectos relevantes para los momentos compartidos con sus familiares víctimas del conflicto armado en el territorio del Alto Naya. Este ejercicio permitió, desde la subjetividad de cada mujer, recordar el pasado y revitalizar su presente, a partir de las sensaciones de los propios cuerpos, y reconocer que el cuerpo es un álbum que expresa sus vivencias.

Fotografías 52, 53, 54, 55. Encuentro de mujeres en Santander de Quilichao - septiembre, 2015



Fuente: archivo del proyecto.





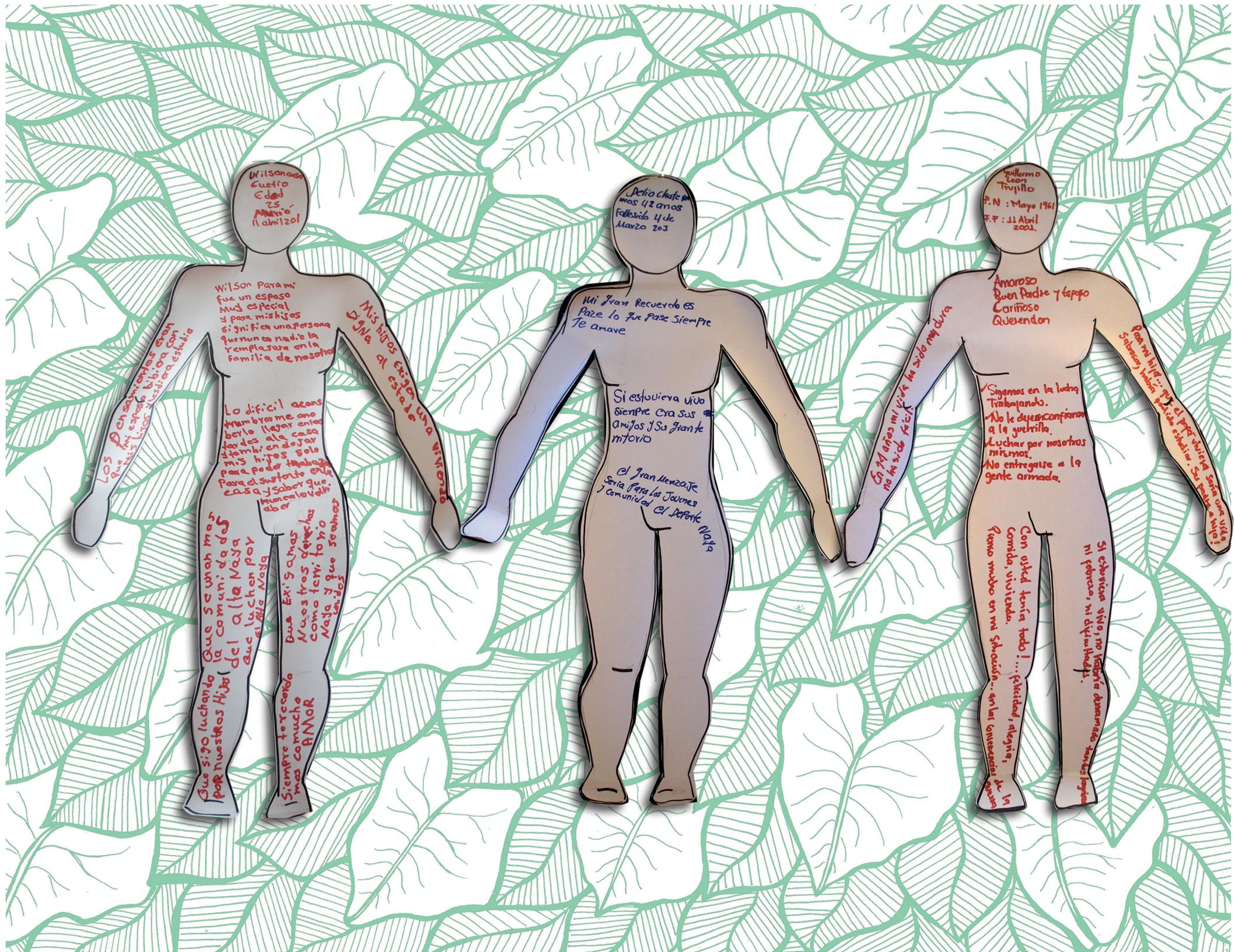
Referencias

- Arendt, H. (2015). *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós.
- Deleuze, G. (2006). *Spinoza filosofía práctica*. Buenos Aires: Tusquets.
- Reyes, F. (2015). *Disputas y luchas por la autonomía y la titulación colectiva del territorio: el caso de la región del Alto Naya, Colombia*. Ponencia presentada en el Seminario de Recuperación de Memoria Histórica del Alto Naya. Universidad Santo Tomás, Centro Nacional de Memoria Histórica, Bogotá, Colombia.





Esta obra se editó en Ediciones USTA, Departamento Editorial de la Universidad Santo Tomás.
Se usó papel esmaltado de 300 gramos para la carátula y papel propalmate de 115 gramos para páginas internas. Tipografías: Amhem, Minion Pro y Helvetica.
Impreso por Digiprint Editores S.A.S. 2016



Wilson
Cuervo
Edad
25 años
Militante
11 Abril 201

Wilson Para mi fue un esposo muy especial y para mis hijos significa una persona que nunca nada le remplazara en la familia de nosotros

Los pensamientos son los que me inspiran a seguir adelante con los hijos y a seguir estudiando

Mis hijos exigen una vida digna

Lo difícil a veces me trae a la mente a mi mamá y a mi papá, en dejar a mis hijos solo para poder trabajar. Pare al sustento en casa y saber que cuando los vea volveré a verlos

Que sigan luchando por nuestros hijos (la mamá) que luchan por el bien de la mamá

Siempre te recordo más comucho AMOR

Que existas más Mujeres dejen como temerario Maja y que seamos unidos

Delio Chate
mas 42 años
Fallecido 4 de
Marzo 2013

Mi gran recuerdo es
Pase lo que pase siempre
Te anave

Si estuviera vivo
siempre era sus
amigos y su gran
mito

el gran mensaje
seria para los jóvenes
y comunidad el debate
Nada

Guillermo
Leon
Trujillo
P.N : Mayo 1961
F.F : 11 Abril
2011

Amoroso
Buen Padre y esposo
Carinoso
Querendón

En 24 años mi vida ha sido muy dura
no ha sido fácil

¡Sigamos en la lucha
Trabajando.
No le desconfiamos
a la guerrilla.
Luchar por nosotros
mismos.
No entregarse a la
gente armada.

Para mi hijo... que el papá siempre será un amigo
Sabemos todos que el papá siempre será un amigo

Con usted tenía todo! ...felicidad, alegría, la
comida, viviendo.
Fueo mucho en mi vida... en las conversaciones de
cuando

Si estuviera vivo, no habría dormido tantos días
ni haberlo, ni decirle nada.